

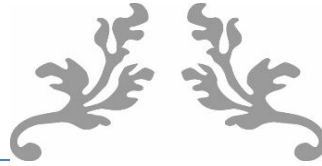


ESCLAVA EN LAS

SOMBRAS

DELINCUENTE JUVENIL SOMETIDA POR EL ALFA

AINA CASTILLO



ESCLAVA EN LAS SOMBRAS

Delincuente Juvenil Sometida por el Alfa



Por Aina Castillo

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [Haz click aquí](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

I

Se encontró de frente con tres tíos muchos más altos que ella y con la mirada encendida. Estaban allí para vengarse. Lo cierto es que esa mujer les había robado sus pertenencias. Pero las cuentas estaban a punto de ser saldadas, ella no se libraría tan rápido de ellos. Claro que no.

Ella estaba muy cerca de esa pared de ladrillos húmeda. Incluso, los huesos de los omoplatos rozaban de vez en cuando con la áspera superficie. Sin embargo, no estaba asustada, aquella formaba parte de una de esas situaciones en las que ya se había acostumbrado. Al vivir en la miseria y en la lucha constante por sobrevivir, sabía muy bien cómo salir de allí, o al menos dar la suficiente pelea.

—A ver, puta, regrésanos lo que nos robaste. Venga.

—No colmes nuestra paciencia, mira que podemos hacerte picadillo si nos antojamos, eh.

El tercero no hablaba, sólo se limitaba a mirarla con desprecio, con ganas de romperla en mil pedazos. Aun así, ella estaba allí, estoica a pesar de estar acorralada.

Empuñaba una pequeña navaja en una de sus manos, mientras que la otra estaba cerrada en un puño. Analizó cuidadosamente a quienes estaban frente a ella y pensó que tenía una ligera ventaja, un pequeño espacio oscuro que le daría tiempo para moverse y atacar a uno de los tres.

Se quedó callada y justo en ese momento, cuando pensó que tenía que hacer su ataque, hubo una falla eléctrica. Una de esas que ya eran tan habituales en la periferia. Entonces, se movió rápidamente para poder escabullirse entre esos hombres que habían quedado desconcertados.

—Pobres Betas.

Dijo ella después de herir a uno de ellos en el brazo. Salió de ese callejón airoso y con esa amplia sonrisa de victoria. Había burlado una vez más una de esas situaciones que parecían difíciles.

Corrió por unas cuantas calles más hasta que se encontró con uno de sus

amigos habituales que la miró agitada.

—¿Cómo ha salido todo?

—¡Estupendo! Esos tíos tenían muy buena pasta. ¡Mira!

Le enseñó una paca de dinero, móviles y unas cuantas joyas. Tendría suficiente dinero como para no preocuparse por ese asunto por un tiempo.

—Has tenido buena racha. A todos los demás no nos ha ido muy bien.

—Eso se debe, querido amigo, a que sé perfectamente en dónde está el dinero. Esos pobres diablos Alfas vienen para este lado de la ciudad creyendo que tendrán todo lo que quieren porque tienen buena posición. Pobres. Alguno de nosotros se encargará de recibirlos como se debe.

Sonrió mientras se llevó el botín escondido entre sus ropas. Unos negocios más y ya se iría a su minúsculo piso, a tomar cerveza y celebrar la extraordinaria habilidad que había desarrollado desde la niñez.

Lo cierto es que Skye Runner era sólo una chica de 18 años que se había hecho espacio entre el sórdido mundo de los Omegas, la clase social más maltratada, el último piso de una pirámide injusta y cruel.

Todo aquel que naciera con ese título, estaba destinado a tener una vida verdaderamente miserable y era aún peor si se nacía mujer. En ese caso, terminaba siendo esclava doméstica o sexual... O las dos cosas.

El mundo se había organizado de esa manera desde la Tercera Guerra Mundial. Los aliados de siempre y la extrema derecha aniquilaron a más de la mitad de la humanidad. Lo que también provocó el nuevo orden social que se impondría alrededor del mundo. Los hombres y mujeres libres serían una historia del pasado.

Ya no había países, sino ciudades-estado, las cuales estaban organizadas estrictamente: los dueños del poder político y gran parte del económico, eran los Alfas. Herederos de aquellos que impusieron el sistema. Era una élite cerrada, exclusiva y sectaria. Los pocos disfrutaban realmente de lo que era la buena vida.

Por debajo de ellos, los Betas, ubicados como los segundones necesarios en la historia. Fueron aquellos que pudieron aportar algo de dinero en todo el reacomodo mundial y quienes se apresuraron en tener un lugar privilegiado. En ciertos casos pertenecían a las cortes o ministerios. Los mejores posicionados eran banqueros o pertenecían a círculos de poder económico. De por sí, ya actuaban como aliados naturales de los Alfas.

Finalmente, los Omegas eran considerados como la escoria, lo peor de lo peor. Para mayor catástrofe, en esa clase se acumularon todos aquellos

mortales que nunca tuvieron una mínima importancia en el proceso. Allí terminó el ciudadano común, esa persona que sólo aspiraba a tener una mejor vida. Ahora, debía vivir condenada a no tener nada, a pelear por comida y por un techo en donde dormir.

Todo eso, además, también hizo posible el surgimiento de un grupo de personas hambrientas de lujuria, control y poder. Los Omegas también se organizaron a sí mismos con jerarquías para mantener una especie de orden. De resto, lo que había alrededor, era más de lo mismo ya que eran vistos como lo peor.

Allí, en ese entorno de pobreza y desesperación, de caos y muerte, de sexo, sudor y lágrimas, nació Skye Runner. Una chiquilla que fue vendida por sus padres por un trozo de pan, pero que se escapó de sus compradores cuando se dio cuenta que la única forma de sobrevivir era valiéndose a sí misma.

La calle fue su madre y padre, su familia, conoció los bajos mundos a la perfección y se hizo aliada de personas crueles pero que veían en ella algo diferente. Aprendió a robar y a estafar con una maestría impresionante. ¿La razón? Estaba decidida a hacer de su vida lo que le diera la gana, nadie le diría que hacer.

En varias oportunidades casi fue raptada para convertirla en esclava, gracias a ese aspecto exótico y llamativo: su piel morena oscura, su cabeza rapada por decisión propia, los ojos grandes y negros, labios gruesos, cuerpo duro y macizo, y una increíble agilidad mental. Todo eso la hacía una chica aguda, escurridiza y muy inteligente.

Gracias a sus operaciones, logró comprar un piso para ella. Mínimo, pequeño, pero suyo al fin. Para una persona como ella, eso significaba algo de gran importancia porque, por lo general, eso representaba un sueño que pocos podían alcanzar.

Claro, eso no significó que dejaría esa vida que tenía. Se dio cuenta que le resultaba rentable robar y aprovecharse de los demás porque así obtenía el dinero rápidamente.

De hecho, logró formar un grupo de aliados con quienes trabajaban. Tan malhechores como ella, se encargaban de realizar acciones más grandes con el fin de repartir mayores cantidades de dinero. Los planes salían bien y cada quien se llevaba su tajada para su casa. Nada mal.

Todo lo que sabía lo aprendió observando a otros, detallando sus planes y comprendiendo que ella podía hacerlo mucho mejor. Así que perfeccionó

esas técnicas y ganó terreno en un ambiente altamente competitivo. Por lo que, a pesar de su edad, era una persona que tenía muy claro qué hacer con su vida.

Con el paso de los años, se dio cuenta que los Betas y Alfas iban a la periferia para divertirse. Aprovechaban la brecha que habían entre la gente y disfrutaban de bacanales puesto que no había ley para los Omegas mientras que ellos, en cambio, podían hacer tanto como quisieran.

Cuando Skye comenzó a notar ese comportamiento, primero pensó que eran ideas suyas. Pero luego notó que era una constante. La gente iba allá a divertirse a costa la gente como ella, a aprovecharse de la falta de leyes y normas, a gozar de los cuerpos que buscaban sobrevivir día a día con lo que pudieran, con la esperanza de que se manifestara algún milagro. Se mantuvo en las sombras, estudiando detenidamente a la gente, con el fin de armar planes que pudieran trabajar a su favor.

La primera vez que lo hizo estaba tremendamente asustada. Si bien conocía los gajes del oficio, sabía que una de las cosas que tenía que tomar en cuenta era el hecho de que podía resultar herida o presentada en la corte de los Alfas para una sentencia. Pero claro, este último escenario no era lo que quería para ella. Estaba dispuesta a morir que ser encarcelada por alguno de esos imbéciles.

El hecho es que se había preparado lo suficiente, conoció las calles con más cuidado y habló con sus compañeros para conocer vías de escape más fáciles y prácticas. Analizó todos los escenarios posibles y se encontró con el hecho de que tenía una amplia gama de posibilidades con qué jugar.

El día había llegado: un grupo de necios chicos Alfas había llegado a la periferia para celebrar, lo que parecía ser, un cumpleaños. Era un grupo de seis personas, todos muy bien vestidos y luciendo coches de última generación por las calles, de esos flotantes y con combustible renovable.

Apenas los vio, Skye sintió un dolor punzante en la sien. La indignación le recorrió todo el cuerpo y se le reflejó en ese rostro. El cejo fruncido, la vena de la frente brotada, el color rojo de las mejillas. Se quedó en silencio, mirándolos divertirse entre la basura y desastre que le tocaba mirar todos los días. Estaba decidida.

Comenzó a seguirlos de a poco, lentamente, escondida entre las sombras, la gente y la basura. Por suerte, estaban tan entretenidos que no se dieron cuenta que una tía de un metro 60, de piel oscura y expresión de pocos amigos, los seguía como un depredador a su presa.

Skye se percató que la noche sería larga puesto que estaban bebiendo y comiendo a lo grande. En una de esas rondas, habían entrado a un restaurante chino muy popular. Estaba repleto y la cantidad de personas que había para ese momento era bastante importante. Ella pensó que era la ocasión perfecta para hacer lo que tenía que hacer.

Estaban todos sentados en una mesa redonda y un poco metida en el lugar. Cada tanto, podía ver los platos humeantes y las botellas de cerveza heladas. Mientras se acercaba, se percató que hablaban animadamente de lo barato que era todo y de lo divertida de la gente.

—Deberíamos venir aquí con más frecuencia. Es muy divertido.

—Sí, sí. Nada que ver con la ciudadela. Se siente hasta acogedor.

Skye tuvo que hacer de oídos sordos para poder concentrarse como debía. Las estupideces eran demasiadas y necesitaba sus sentidos al máximo para no perder el hilo de situaciones que tenía que hacer.

Por suerte, el lugar en donde se encontraban era lo suficientemente oscuro para darle toda la libertad de moverse libremente. No tenía que preocuparse por las miradas de los demás, en realidad, nadie le prestaba atención porque cada quien estaba en su mundo, ocupados en lo suyo. Además, estaba en la periferia, el territorio de lo posible, así que ver a una chica escondida entre las sillas, parecía ser algo completamente normal.

Ella contó lentamente dentro de su cabeza y esperó lo que siempre sucedía a esa hora del día: el corte de luz religiosamente programado.

De repente, las risas y los comentarios condescendientes cesaron hasta la ausencia de electricidad. Los chicos Alfas, tan seguros, tan altivos, se quedaron callados y trataron de explicarse lo que había sucedido.

—Es lo que suele pasar, pronto llegará. No se preocupen.

Acostumbrados a vivir en un lugar siempre ordenado y limpio, los chicos se miraron entre sí para darse cuenta que el estilo de vida Omega estaba allí para demostrarles que era un juego completamente diferente.

Mientras seguían mirándose, Skye se movió como una serpiente y se dispuso a revisar bolsos y sacos con una increíble velocidad. Iba y venía, rápidamente para toparse con objetos y dinero a granel. Se le hizo imposible esconder la sonrisa de satisfacción.

Iba introduciendo las cosas en un pequeño bolso negro y, luego de terminar, quiso dejarles un recuerdo para que no se olvidaran de decir a sus amigos que su ciudad, era perfecta para vacacionar.

Salió por la puerta trasera y se quedó allí unos minutos más hasta que

escuchó un grito. Habían descubierto del robo. Salió corriendo con todas sus fuerzas y se escabulló entre la multitud, los aerocoches y el caos general.

Se decantó por meterse en un callejón oscuro y se colocó debajo de una intensa luz la cual la ayudó a contar el dinero que tenía entre sus manos. Se quedó impresionada con el botín acumulado y sonrió para sí misma.

Desde ese día, se dedicó a investigar más sobre los viajes y excursiones que hacían los Alfas a la periferia. Si bien no soportaba la idea de que usaran su entorno, su hogar como un medio de diversión, al menos había encontrado un modo de tomar venganza... Al menos un poco.

Se dio cuenta que los Alfas eran constantes y rutinarios, así que se armó un plan en donde podía aprovecharse de esa situación. Incluso, cuando se trataba de grupos más grandes, pedía el apoyo de sus compañeros de barrio. Además, también era una forma de apoyarlos dentro de lo posible.

Acumuló dinero suficiente para comprar sus cosas, e incluso hacerse un nombre entre la gente. La filosa, la aguda, la rápida... Todo el mundo sabía quién era ella, aunque no ella no buscó necesariamente eso.

Aunque había encontrado esa especie de “trabajo seguro”, en la vida de ella pasaban muchas otras cosas más. Su aspecto fuerte le hizo llamativa y atractiva para otras personas.

Por un tiempo, procuró cuidarse lo más que pudo pero no pudo esconder el hecho de querer sentir el estar con otra persona, el juntarse con otro y el significado de tomar la mano de alguien que te gusta.

Comenzó a recrearse de películas, series y libros sobre el tema. La vergüenza que sentía, le impedía preguntar abiertamente sobre eso, por lo que procuró que su curiosidad fuera sólo de ella.

Notaba los besos, las caricias y esas miradas que parecían hablar mucho más. Escuchaba las letras y se daba cuenta de la forma en cómo se describían los sentimientos. Desde lo más románticos hasta los más pasionales.

Se hizo íntima amiga de los foros y blogs que hablaban al respecto. Una chica como esa, acostumbrada a sobrevivir, por fin estaba experimentando una situación diferente y no sabía muy bien cómo reaccionar con eso.

Sintió miedo y también curiosidad. Sin embargo, era muy joven y quería esperar un poco más, al menos hasta sentirse un poco más segura al respecto.

Después de un tiempo, había llegado a su cumpleaños 18 de manera sorprendente. Aquello resultaba un acontecimiento, especialmente porque sabía que gente como ella moría en la niñez o un poco después. En su caso, era claro que era la excepción a la regla.

Aunque en cualquier otro contexto, 18 años hubiera representado un gran momento para celebrar el inicio de una vida increíble y maravillosa, para los Omegas era una especie de triunfo contra la muerte y el fracaso.

Skye tenía pensado celebrar esa suerte de la mejor manera posible. Así que sintió que su cuerpo y su alma estaban preparados para dar el próximo paso y así convertirse plenamente en mujer.

A pesar de su ansiedad de estar con alguien era apremiante, hay un detalle importante. Se dio cuenta que no era muy diestra en eso de tener acercamientos con otras personas. Así que tras varios intentos, pesó que lo mejor que podía hacer por sí misma era darse por vencida.

Sin embargo, hay situaciones en donde se confirma que la vida da muchas vueltas y que nuestro destino puede cambiar drásticamente en cuestión de minutos... No, segundos. Y ese fue el caso.

Entre toda la gente que trataba, llegó a conocer a un tío como ella, mayor y con un claro aspecto peligroso pero sumamente atrayente. El cabello negro ondeado, los ojos del mismo color, la piel bronceada y sumamente alto y fuerte. Siempre vestido impecablemente de negro, perfecto y bien cuidado.

Desde que lo vio, Skye sintió que se había quitado sin aire, incapaz de respirar como una persona normal, por el simple hecho de hacerse quedo embelesada ante un hombre que le había movido todo por dentro. Por supuesto, hizo el intento de quedarse segura y sin mayor perturbación, mirándolo como siempre miraba a los demás, con indiferencia... Pero lo cierto era que las cosas no eran así, estaba que moría por él, que deseaba quedarse con él, saber más de él.

Sus fantasías comenzaron a recorrer su mente poco a poco, mientras seguía pensando en él, mientras se imaginaba con él. Pero no sabía cómo hacer para estar más cerca, de nuevo, se sentía impedida de tener alguna oportunidad.

Sin embargo, la atracción era mutua. Él también la miraba, sobre todo porque le recordaba a esas mujeres fuertes, determinadas y claro, muy sensuales. Le llamaba la atención esa actitud rebelde, la cabeza rapada, la piel oscura y brillante, esos labios y piernas gruesas. Le gustaba la forma en cómo se movía y cómo hablaba con firmeza.

La química estaba allí y coincidió cuando, en una de esas veces, se sentaron a hablar. De repente, el tiempo y el contexto desaparecieron de repente, como si no hubiera nada más que él y su voz. Estaba maravillada, adicta y quería hundirse en esas palabras que salían de él como si fueran

caricias para su piel.

Después de esa vez, hablaban con cada vez más frecuencia. En ese mismo tiempo, ella descubrió que él era un ladrón muy famoso, así que pensó que podría enseñarle unos cuantos trucos. No estaba demás.

—Tienes que moverte rápido, hacer la estocada sin dudar demasiado. Porque de lo contrario, te atraparán. Ah, para que no se te olvide, si tienes la sensación de que las cosas irán mal, hazle caso a tu instinto. Es el mejor aliado que tenemos.

Trabajaban juntos, comían juntos, planificaban grandes proyectos juntos. Eran las mentes brillantes de las calles oscuras de la periferia. La gente les tenía respeto y de vez en cuando eran vistos como los salvadores de los Omegas, los representantes de una clase social marginada y odiada.

Con el paso del tiempo, y de aventura en aventura, ambos desarrollaron una conexión muy fuerte. Incluso, cuando se miraban, ella podía sentir que su cuerpo pedía toda la capacidad de prudencia o aguante. Deseaba tanto estar con él que a veces le daba miedo.

En una ocasión, después de despojar las pertenencias a una pareja de Alfas, ambos decidieron ir a un mirador lejos del caos de la periferia. Allí, extrañamente, no se respiraba ese aire de desdén ni de caos, todo lo contrario. Era un sitio tranquilo, pacífico y que muy poca gente conocía.

En el pasado, ese lugar había sido un maravilloso parque, por lo que hasta en ese momento, habían bancos de cemento y madera desperdigados por ahí, como un recuerdo de un momento hermoso que ya no existía.

Se colocaron allí en silencio, mientras la noche terminaba de desplegar el brillo de las estrellas. Por ese instante, Skye deseó con todas sus fuerzas el tener la posibilidad de ser una persona, el tener otras posibilidades, el contar con una historia diferente.

Pero esa fue la realidad que le tocó vivir. Por lo tanto, hacía el esfuerzo de pensar que las cosas, quizás con el tiempo, mejorarían. Al menos se aferraba a esa esperanza.

Él, mientras tanto, estaba concentrado en su perfil, en la mirada distante que tenía ella, en la contemplación que hacía hacia ese vacío y oscuridad. Quiso decirle algo pero no pudo. No quiso interrumpir un momento como ese. Así que se acercó a ella, lentamente y la miró fijamente. Le hizo entender que no se movería a ninguna parte.

El corazón de ella comenzó a latir con increíble fuerza. Estaba nerviosa pero trató que no se le notara. Por supuesto, no funcionó. Sus mejillas estaban

encendidas por la emoción. Él sonrió y estiró su mano para acariciarla suavemente. Le encantó saber que era capaz de producir esas sensaciones en ella.

Se quedó allí un rato hasta que ella volteó a verlo. Se encontraron en una mirada y fue allí cuando se hicieron cómplices de lo que estaba pasando. Se acercaron lentamente y esos nervios y ansiedad pasaron a ser un profundo beso.

La ruda Skye, la capaz, la ladrona fuerte, la chica de temer se convirtió en una adolescente pequeña y mínima ante el calor que estaba experimentando su cuerpo gracias a él. Estaba en éxtasis y estaba complacida por ello.

Poco a poco se soltaba, dejaba que él se encargara de ella por completo, así que en ese punto, cuando pensó que no podía sentirse mejor, él le propuso para ir a un lugar en donde pudieran estar más cómodos. Ella accedió inmediatamente y regresaron a la periferia, esta vez, con una sensación muy diferente.

Por alguna razón, el brillo de las luces, el esplendor, el ruido de los aerocoches, los gritos, el humo y los vendedores ambulantes, las faldas cortas de las prostitutas, la música electrónica que irrumpía para hacerse eco entre la gente, todo eso también iba quedando atrás porque ella estaba con él.

Se alejaron del centro y fueron hacia una zona que ella desconocía. Por lo general, era un sitio abandonado.

—Esta era la zona industrial de alguna ciudad importante. Ahora es hogar de gente como nosotros. Seguimos siendo Omegas pero estamos más tranquilos aquí que en el centro.

En ese momento, comprendió que esa era la razón por la cual ella no lo había visto antes. Vivía en una zona poco conocida y un poco difícil de llegar. Siguieron por las calles de asfalto desiertas, pasando entre los postes de luz, entre el silencio que se hacía cada vez más agradable.

El coche de él iba a toda velocidad y ella deseó fundirse con ese ritmo y así desaparecer. ¿Por qué no? Sería divertido, único, delicioso. En medio de ese trance, poco a poco, comenzaron a desacelerar y en cambio estaban acercándose hasta que ingresaron en el aparcamiento de un antiguo edificio. Él mostró una pequeña tarjeta y se escuchó un ligero sonido, unas grandes puertas de metal se abrieron ante ellos y pudieron entrar.

La estructura de nuevo tenía ese aire a melancolía que siempre tenían los espacios en donde vivían los Omegas. Era como si también debían ser condenados a recordar lo que habían sido en alguna oportunidad, sin tener la

posibilidad de poder regresar a esos días en donde había la ligera posibilidad de ser, al menos, un poco libres.

Ella se quedó maravillada por lo que veía. Era un lugar muy diferente a su casa y hasta pensó en lo agradable que sería, quizás, quedarse en un lugar así para su retiro.

Sin embargo, él se encargó de interrumpirle sus pensamientos al tomarla por la cintura y mirarla con ese mismo fuego que tenía en sus grandes ojos negros. De nuevo, el mundo quedó completamente olvidado, dejado en una esquina. Le encantó saber eso de sí misma, en la existencia de esa posibilidad.

Él juntó la frente contra la suya y se quedaron en silencio por un largo rato, hasta que se acercaron a la vez, casi al mismo tiempo, y comenzaron a besarse. Esta vez, ya no fue dulce o despacio, ahora había una muestra más contundente de deseo y descontrol.

Él le sostuvo con más fuerza, le hizo saber que la deseaba intensamente y que quería todo de ella. Skye, por otro lado, sentía que no tenía fuerzas en las piernas, por lo que sus brazos se sostuvieron de los hombros de él, también lo hizo a manera de recordarse a sí misma que nada de lo que estaba pasando era producto de una fantasía, todo era real.

Lo cierto es que él era un hombre experimentado que sabía muy bien cómo dar placer a una mujer, así que sus manos se pasearon sobre su espalda y hasta nalgas. Cuando lo hacía, se percataba de los sobresaltos que ella hacía pero le resultó natural porque sabía que ella era nueva en estos asuntos. Se sintió más bien conmovido.

La trató con cuidado y delicadeza, estudiaba sus expresiones y escuchaba atentamente sus ruidos. Quería sentirse seguro de lo que estaba haciendo para no cometer una estupidez... Y por lo que percibía, no iba por mal camino.

Pero ella sí estaba dispuesta a él, cada vez gemía más, deseaba fundirse en su cuerpo, perderse en él. En este punto, ya no hubo palabras porque no hubo necesidad de las mismas.

Sólo miradas como aquellas que veía en las películas o en las series para informarse sobre esa interacción que tanto desconocía. Se dio cuenta que su propio cuerpo era lo suficientemente sabio como para decirle que debía dejarse llevar por el momento porque el deseo la conduciría al lugar exacto en donde debía estar.

De esta manera, poco a poco quedó desnuda por completo, así que su figura quedó desplegada en frente de él. Esas piernas anchas y duras, la

cintura pequeña, los pechos redondos y firmes, y claro, esa piel suave, perfecta, lustrosa. Con ese brillo que la hacía ver casi como si fuera una diosa. Por supuesto, en su rostro esa expresión de miedo propia de la inexperiencia, pero él se encargaría de hacerla sentir plena, libre y sensual.

La abordó de nuevo y la contuvo en sus brazos por un largo rato, mientras se seguían besando. La lengua de él buscaba la suya y la envolvía, la seducía mientras que de vez en cuando expresaba unos cuantos gemidos porque sentía que ya no podía más.

En ese momento, comenzó a llover y los pequeños ventanales del piso quedaron cubiertos por cortinas de hilos suaves de agua que acariciaban la superficie. Eso y la oscuridad del lugar, la hicieron sentir que casi estaba en una realidad completamente diferente.

Él le tomó la mano y la condujo hacia uno de los lados del piso. Caminaron lento, suave, como si quisieran preservar el momento lo más posible. Finalmente, entraron a un lugar que seguía a oscuras, él la guió hasta la cama para que se acostara y ella se quedó allí, un poco quieta por el temor de la situación.

Sintió la suavidad de las sábanas, el calor de su coño desesperado y el temor propio de una situación nueva. Deseaba internamente que las cosas salieran bien y que ambos pudieran disfrutar plenamente.

Por otro lado, el hombre que tenía en frente, con ese cabello largo y salvaje que servía para enmarcarle la cara, tenía los ojos más vivos que nunca. Sus manos ahora estaban sobre él, encargándose de quitarse la ropa lentamente, como para que ella mirara lo que estaba a punto de poseerla.

Su cuerpo blanco estaba tallado como si fuera una escultura. Sus abdominales marcados, los músculos de sus brazos y piernas detallados gracias al ejercicio. Era un hombre bello y muy sexy. Skye estaba que no podía creer. Estaba tan ansioso por tenerla que pensaba que iba a volverse loco.

Al final, él se quitó la última prenda con lentitud hasta revelar su miembro. Era largo y ancho, blanco y con el glande rosado. Este, a su vez, estaba húmedo por la excitación. Ella se asustó un poco pero también se dio cuenta que estaba tan mojada que sólo pensaba en tenerlo adentro lo más pronto posible.

Antes de hacerla suya, la tomó por los muslos al mismo tiempo que se arrodillaba en el suelo. Le causó gracia la cara de desconcierto de ella, por lo que esperó a que se acomodara mejor. Skye estaba dudosa pero también a la

expectativa, así que permaneció atenta ante todo lo que estaba pasando.

Él se sujetó bien de esas piernas y agachó la cabeza para llevar la cabeza entre las piernas. Skye no supo lo que estaba pasando hasta que sintió la humedad de la lengua jugando con su clítoris. De inmediato perdió toda noción de tiempo y espacio, sólo existía el contraste de texturas y temperaturas.

Los labios de él se encargaron de apretar los suyos, de succionar su clítoris y de beber cada parte de sus fluidos con un ímpetu increíble. Estaba en las nubes, estaba en un punto en que no podía creer lo que estaba pasando.

Colocó sus manos sobre su cabello y lo buscó con la mirada. Se quedaron allí, prendados por un rato hasta que él volvió a hacerla suya con la lengua. Un fuerte y largo gemido estremeció toda la habitación. Estaba tan excitada, tan complacida que ni siquiera podía albergar la cantidad de emociones que estaba experimentando.

Siguió chupándola hasta que sintió un dolor en el cuello, era momento de dejar de hacerlo para concentrarse en otra cosa, así que pensó que lo mejor que podía hacer era por sin penetrar sus deliciosas carnes.

La bella de Skye estaba aún sobre la cama con el rostro enrojecido y con la boca entreabierta. Estaba tan excitada que parecía no tener demasiada noción sobre sí misma. Lo cual esto fue bastante positivo para él porque ella lo recibiría mucho más fácilmente.

Se colocó sobre la cama y se arrastró lentamente por la superficie, se acercó cada vez más hacia ella mientras que sentía como esa mujer le acariciaba los brazos y la espalda a medida que se juntaban sus pieles. Empalmaron a la perfección y en ese momento, él le acarició el rostro con suavidad para hacerle entender que estaba con ella y que se encargaría de hacerla sentir bien.

Skye entendió la situación y asintió levemente. Luego, él se acomodó mejor para direccionar su verga en su coño. De inmediato sintió el calor y la humedad que estaban por recibirlo. Esperó un momento y luego la penetró poco a poco, entre tanto, Skye no paraba de gemir y de gritar.

La paciencia y la constancia fueron suficientes para luego adentrarse por completo en ella. Metió todo su pene mientras sentía los temblores de esa mujer, esos espasmos gracias al placer de tener ese miembro en su coño.

Se sostuvo más de la cama y luego lo miró a los ojos. Estaba encendido, ambos los estaban. Así que se quedaron quietos por un momento, pero él deseo manifestar ese roce glorioso que daba el contacto de sus partes. Se

sentía increíble, delicioso. Quería más y lo quería intensamente.

Comenzó a moverse con cierta contundencia pero sin dejar de besarla o acariciarla. Luego, sí fue más rápido porque se le hacía difícil contenerse más de lo que ya estaba. Se movió un poco más, por lo que su pelvis hizo ese movimiento que le permitió introducir con mayor profundidad esa verga.

Skye se rompía cada vez más, se quebraba por completo. Se olvidó por completo de sí misma, hasta el punto en que sentía que estaba envuelta en una especie de niebla de placer y dolor. Las dos sensaciones se conjugaban dentro de ella como si pudiera convivir tranquilamente.

Su mente estaba inmersa en dudas y en situaciones extraordinarias. No estaba muy clara de que existiera alguna razón lógica para lo que estaba pasando, pero, ¿lo había? La pasión es un sentimiento animal e instintivo, no había nada qué explicar, sólo experimentar.

Siguió embistiéndola con cada vez más fuerza hasta que los dos se ahogaron en gemidos y gritos intensos. Skye se decidió sostenerse de los brazos de él, y su amante, en cambio, optó por tomarle del cuello para ahorcarle un poco. Estaba tan excitado que pensó que estaba a punto de volverse loco.

Estuvieron unidos entre sí hasta que ella sintió como pequeñas corrientes eléctricas en su cuerpo. Las mismas comenzaron a extenderse alrededor de su cuerpo, por las piernas y brazos pero estaban concentradas con mayor fuerza en su vientre. Él notó las reacciones hasta que experimentó la necesidad de que se corriera aún con él adentro.

Así que estiró una de sus manos y la acercó al coño de ella. Un par de dedos fueron suficientes como para estimularle el clítoris con fuerza. Fue como si pisara el acelerador: Skye de inmediato sintió una oleada caliente que casi la hace perder la razón.

—Sé que quieres... Sé que es así... Hazlo. Sólo tienes que dejarte llevar.

Skye abrió los ojos por un momento y pensó que estaba en el paraíso. Antes de soltarse a eso que no sabía exactamente qué era, lo miró por última vez y le sonrió con toda la sensualidad que tenía por dentro. Luego, cerró sus párpados y dejó que el torrente de calor la terminara por abrazar.

Su cuerpo comenzó a temblar, su boca entreabierta expulsaba gemidos y gritos, sus manos estaban sobre la cama, tomando con fuerza las sábanas y su mente estaba sumida en una especie de abismo que iba más y más hacia un punto que antes no había sido capaz de explorar, pero estaba bien porque estaba ansiosa por ir allí. Era lo único que deseaba.

Siguió embistiéndola y estimulándola al mismo tiempo hasta que se dio cuenta que hubo un momento en que pareció que había perdido el control de sí misma. Estaba conmovido y también ansioso por sentir el calor de sus jugos sobre su pene.

Un poco más, sólo un poco más fue suficiente como para que ella explotara por fin. Sus fluidos fueron a parar sobre el pene de él. Pero ella sintió que algo se había apagado, se hundió por completo en una oscuridad que terminó por absorberla. Él, mientras, se quedó allí y acariciándola y sacando su pene para beberse lo último que había quedado de un sexo increíble.

Tras unas horas después, ambos terminaron por acostarse sobre la cama y con la mirada absorta. Él tomó un pitillo y lo encendió, dejando escapar un poco de humo de su boca, ella estaba sobre la cama, acariciando un poco el brazo de él y con la sensación de que aún estaba en trance. Fue una de las sensaciones más increíbles que había tenido en su vida.

Cerró de nuevos los ojos con la esperanza de sentir que nada de lo que había pasado había sido una fantasía. Estaba contenta y quería preservar esa sensación lo más posible, no quería que nada le fastidiara todo aquello.

Aunque hubiera querido que el tiempo se detuviera, eso no fue posible. Eventualmente se tuvo que ir de allí y regresar de nuevo a esa realidad que le golpeaba como nunca.

El caos, el desastre, ese olor asfixiante a miseria que le provocaba náuseas. Sin embargo, el recuerdo de él y de esa noche, actuaban como una especie de oasis para ella, era el refugio perfecto para no pensar en todo lo malo que había alrededor.

Así que se quedó allí durante los días que le tocó, pensando en él, recordándolo, añorando tener su cuerpo sobre el suyo.

Lo cierto fue que pasó el tiempo velozmente sin noticias de él. Ese tío misterioso que se había aparecido en su vida, también pareció salir de ella como si fuera un acto de magia. Ni siquiera valía la pena preguntar por él, nadie sabía nada y Skye tuvo que conformarse con la incertidumbre de saber de su paradero. No había información suficiente para calmar la ansiedad que sentía al respecto.

El tiempo pasó y su esperanza de volverlo a ver se agotó por completo. Quizás él había entrado a su vida con el objetivo de recordarle de que dentro de todas las desgracias y calamidades, había una pequeña posibilidad de que pudiera ser feliz, o al menos contar con un espacio en donde pudiera estar en

paz por un tiempo.

Albergó su recuerdo profundamente en su corazón y en su mente, procuró hacer lo posible por avivarlo las veces que sentía que tenía demasiado sobre los hombros. Deseó al menos tenerlo con ella una vez, recordar que era una mujer y que también merecía el amor de la gente... Pero eso se quedó allí, en deseos y tuvo que seguir adelante con su empresa personal: contar con cierta estabilidad para luego irse lejos, muy lejos de ese caos tan desesperante.

... Estaba decidida a hacerlo, aunque sabía que el riesgo era muy grande.

II

Ed estaba sentado en el escritorio, escuchando atentamente las palabras de la persona que estaba hablando. Las reuniones no era lo más divertido de su día, pero era algo necesario para la posición de un hombre como él, el rey, el líder máximo de los Alfas.

Hablaban de inversión, de estadísticas y de proyectos de esparcimiento. La ciudadela estaba en crecimiento y el florecimiento de los Alfas se proyectaba favorablemente. Por dentro, Ed, estaba contento. Cada día quedaba como un líder importante y, de paso, popular.

Lo cierto es que recibió una educación estricta desde su infancia para prepararlo para el rol que estaba desempeñando en la adultez. Así que estaba acostumbrado a la presión, a la responsabilidad y a las situaciones complejas. Se sentía capaz de lograrlo todo porque había nacido para ello.

Desde la instauración del nuevo orden social y político, sus abuelos fueron artífices de la consolidación de los Alfas en la ciudad-estado en donde nació. Su padre ayudó a fortalecer la posición de los mismos y en dejar en claro que los Betas y Omegas debían quedarse a las órdenes de ellos porque así correspondía. No hubo discusión al respecto.

Era el mayor de dos hermanos, así que su padre y madre celebraron el hecho de que su primogénito era un niño. Eso, para la cultura Alfa, era más que una buena noticia, principalmente porque el legado de la familia podía descansar en los hombros del nuevo heredero.

Desde los primeros años, demostró un increíble ingenio y sensibilidad por el conocimiento. Era curioso y le gustaba investigar por su cuenta. Por supuesto, esto significó que su educación sería simplemente la mejor para seguir cultivando esa actitud natural.

Cuando aprendió a leer, comenzó a hacerlo casi con fanatismo. Podía devorar libros de todo tipo, aunque sus favoritos eran de ciencias. De hecho, era un fanático empedernido de los dinosaurios y de los fósiles de plantas. Podía pasar horas y hora leyendo al respecto y ser completamente feliz.

No sólo era brillante, sino también era notable sus dotes para el deporte. Adoraba correr y nadar, así que también recibió educación al respecto. Sus padres, cada vez que lo miraban poner el máximo de su desempeño, sentían que su corazón se inflaba de orgullo, Ed Michaels era la representación perfecta de lo que debía ser un Alfa. Sin duda.

Inteligente y buen deportista, Ed también se hizo nombre por su belleza física. De por sí era alto, pero se hizo aún más durante la adolescencia. Blanco, de ojos azules como un par de zafiros y el cabello tan rubio que parecía blanco con el reflejo del sol. Al contar con 15 años, aparentaba de más edad gracias a la su voz gruesa y a ese aspecto intimidante que había adquirido gracias a su característica aura de misterio.

Aunque era silencioso y observador, Ed gozaba de extrema popularidad. No lo tenía muy claro pero tuvo la sensación de que aquello tenía que ver con el hecho de su influencia familiar. Por lo que también desarrolló ese rasgo cínico y sarcástico que formaría parte esencial de su personalidad.

Sin duda, era diferente al resto de los chicos Alfas y de las mujeres también. Su hermana menor, por ejemplo, si bien era tan bella como él, difería por su dulzura y amabilidad, cuestiones que contrastaban seriamente con las de él. Parecían agua y aceite, aunque la verdad los dos se la llevaban muy bien.

La familia Michaels era la más admirada de todos los Alfas. Eran el símbolo inequívoco del éxito y de la prosperidad. Una ascendencia gloriosa y una descendencia que parecía ser lo mismo. Eran el sueño a imitar.

Ed disfrutaba de la admiración de la gente, le gustaba que lo miraran como si fuera casi como un ser mítico. Le resultaba divertido y también curioso. Le llamaba la atención la capacidad de la gente de idolatrar a desconocidos. Pero así era la vida de los Alfas, cargada de pretensión y de esnobismo.

Si bien él resultaba una especie de ejemplo para sus pares, estaba consciente de que era algo que debía tener cuidado de mantener. Le agradaba esa atención especial así que se ajustó a las normas tanto como pudo. Sin embargo, desde hacía tiempo, tenía la sensación de que él era una persona diferente a su familia, que tenía algo especial que no podía ignorar por demasiado tiempo.

Esa sensación de hizo más notable cuando estaba en la secundaria, sobre todo, a punto de graduarse. Sabía que era atractivo al sexo opuesto pero las chicas Alfas y Betas tenían ese comportamiento que le resultaba un tanto

aburrido. Siempre bien portadas, bien arregladas, con el comportamiento medido y con el estereotipo perfecto para cazar a hombres parecidos a ellas.

Trató de emparejarse con una, la hija de un importante gerente de una compañía Alfa, quizás la más importante de la ciudadela y la periferia. En términos generales, ella era la persona ideal: esbelta, rubia y dulce. Todo parecía encajar a la perfección con ella, no hubo inconveniente, y menos con sus padres que la veían como la pareja ideal de él.

Lo cierto es que la escogió por tratarse de la elección más obvia y porque la chica lo trataba bien, era atenta con él y le masajeaba el ego tanto como le gustaba. Ella, en cambio, lo admiraba como si fuera un dios. Podía presumir con sus amigas que estaba con el chico más apuesto, así que tampoco salía perdiendo. Ambos estaban destinados a pretenderse tanto como quisieran.

El noviazgo fue aprobado tanto por los padres como por la comunidad Alfa y Beta. Era la pareja de ensueño a pesar que sólo eran un par de jovencitos.

De vez en cuando, cuando estaba a solas con ella, Ed experimentaba esa sensación extraña dentro de su cuerpo. Como esa imperante necesidad de hacerse notar por el control y el dominio.

Al principio le pareció una completa locura, algo sin lógica ni sentido, pero estaba allí, como una especie de sombra sobre él, recordándole todo el tiempo que eso era lo que realmente era y que no podía obviarlo por más que quisiera.

Después del baile de graduación, evento vital para la socialización Alfa y Beta, ellos fueron invitados a una de esas típicas fiestas en donde se reunían los chicos para beber y follar sin la supervisión de sus estirados padres.

La celebración se hizo en una cabaña a las orillas de un lago artificial, muy popular entre los Alfas. Era un lugar casi exclusivo y tradicional para situaciones como esa, así que la fiesta seguía a pesar que los ánimos de Ed eran completamente neutrales. Lo cierto, es que estaba más bien concentrado en el deseo de estar con ella, de saber finalmente cómo era la intimidad entre un hombre y una mujer.

Bebieron, hablaron y bailaron un poco, aunque esos rituales sociales eran una tontería para Ed. Sólo lo hizo para complacerla a ella, la chica que llenaba por completo ese estereotipo, ese mismo que a veces le resultaba tan aburrido.

—¿Quieres que vayamos a otro lugar?

Ella, con los ojos muy abiertos y con la emoción a flor de piel, accedió

tímidamente.

Ed la tomó de la mano y ambos se dirigieron al coche de él, un modelo que recordaba al Camaro del 79. Una de las pocas que realmente adoraba en el mundo.

Anduvieron en el camino escuchando música y hablando poco. Lo cierto era que ambos estaban sumamente nerviosos y más cuando sabían a qué irían.

Él tomó una vía y anduvo en un camino repleto de hojas secas. El invierno se sentía cada vez más. Ese pensamiento aleatorio fue interrumpido por la caricia de su novia, quien parecía mirarlo como si no pudiera creer lo que estaba por suceder.

—Estoy un poco nerviosa.

—No lo estés. Todo saldrá bien... A menos que quieras que te lleve a casa.

—No, no. No he dicho eso. Me gusta estar contigo, quiero estar contigo. Sólo te digo que me siento un poco nerviosa.

La miró por el rabillo del ojo y notó que se había sonrojado mucho. Lo mismo sucedió cuando se besaron por primera vez. Para él fue más un experimento para saber lo que sentía, mientras que ella tuvo la sensación de que el mundo se le había movido debajo de sus pies.

Siguieron con las caricias y con las miradas en los ojos. Poco a poco, Ed experimentó el deseo y el descontrol, además de ese algo que parecía ganar más presencia dentro de su cuerpo, esa noción desconocida que no sabía cómo describir pero que pronto saldría de dudas. Sabría de qué se trataba.

Pero él no llevaría a esos vulgares lugares como el resto de sus compañeros, lo haría diferente por el momento y también por él mismo. Así que alquiló una cabaña para que pudieran sentirse lo más cómodos posible.

Al llegar, ella se bajó con cierta timidez y él le tomó la mano seguro y ligeramente sonriente. Dentro de todo, también era un ser humano, así que su pecho comenzó a agitarse con furia.

Luego de introducir una clave compleja, los dos entraron al lugar. La chimenea estaba encendida y en la mesa de café, estaba un par de copas de vino y unas cosas para picar. Nada demasiado pesado.

—Adelante.

Ella se sintió maravillada por el ambiente acogedor y por la sensación deliciosa de calor. Entonces, dejó su abrigo sobre una silla y se sentó en el sofá que tenía más cerca. Seguidamente, lo esperó para que pudieran brindar.

—Esta será una gran noche. —Dijo ella y luego se tomó casi todo el

contenido de un sorbo.

—Oye, oye, un poco más lento. No tienes por qué...

En seguida, él sintió el sabor seco del vino en los labios de ella. Cerró los ojos y comprendió que lo mejor que podía hacer era dejarse llevar por completo, dejarse llevar por la situación.

Sus bocas y lenguas procedieron a unirse entre sí, a intercalarse. Las manos de él fueron hacia la cintura de ella, buscándola desesperadamente para así unirse de una vez por todas. Incluso, se dio cuenta que de vez en cuando se dejaba dominar por una sensación potente, tanto que casi parecía tomar el control de la situación.

Estaba extrañado y más porque no conocía esa parte de sí mismo. Pero ahí estaba, manifestándose como nunca. En ese punto pensó que podía ir un poco más lejos para confirmar lo que sentía, si había un problema, luego se disculparía.

La tomó con fuerza entre los jadeos de ella y la llevó hacia la habitación principal, la cual estaba decorada con pétalos de rosas y velas. Sabía que era todo un cliché pero se dio cuenta que había funcionado el plan porque ella quedó completamente conmovida.

—Bien, ya la tengo. —Se dijo internamente.

Se acostaron en la cama mientras seguían besándose. Ed comenzó con la segunda parte del plan, desnudarla para después hacerlo él. Tras varios espasmos y miradas tímidas, lo pudo hacer. Así que al cabo de unos minutos, los dos quedaron sobre la cama suave, mirándose y sintiéndose más excitados que nunca.

—Tómame. Por favor.

Aquellas palabras dichas de una manera tan dulce y sensual, fueron suficientes como para llevarlo a un nivel de locura. Ed la miró como nunca había hecho antes y comprendió que se había convertido en otra cosa.

La acomodó y él se colocó sobre ella. Trató de no sentirse inexperto y recordó que podía estimular a su acompañante al acariciarle lentamente el clítoris. Sus dedos, apenas rozaron aquella zona, valió para que ella casi se volviera loca.

Gimió con más fuerza y con potencia. Él sonrió, estaba haciéndolo bien. Después de todo, las revistas sobre sexo no eran tan malas después de todo.

Siguió masturbándola un poco hasta que llevó ambas manos al rostro de ella. Tan rubia y delicada como un ángel, Ed la besó con pasión para luego hacer que abriera más sus piernas y así follarla como había fantaseado

durante tanto tiempo.

Al principio pudo escuchar los quejidos de dolor, los cuales también se manifestaron en agarrones intensos y clavadas de uñas en los brazos y espalda. Sin embargo, él siguió con la empresa de seguir adentrándose en ella, tanto como pudiera.

En ese momento, no tomó consciencia de que su verga realmente era gruesa y larga, por lo que tenía que tener paciencia y más cuando los dos eran vírgenes y bastante inexpertos.

Tras minutos y quizás horas, por fin pudo sentir toda la carne de ella, al mismo tiempo que sus gemidos se hicieron más fuertes y placenteros. Ella estaba sobre la cama como una ninfa, con la frente perlada y con la expresión de placer extremo.

Así pues, él comenzó a realizar un movimiento más constante y firme de su pelvis para hacer sonar el contacto de ambas pieles. Ese sonido, tan glorioso y sensual, lo tenía tan excitado que por fin pudo dar rienda suelta a un comportamiento que no pensó que sería capaz de liberar.

Estiró su mano para llevarla al cuello de ella y cerrar los dedos, apretando un poco. La miró sorprendida pero aun así se quedó allí, esclava de las sensaciones y de esa actitud tan dominante y deliciosa.

Se reclinó más sobre la cama y cerró los ojos como dando a entender que se entregaba a él por completo. Ed, en medio de su éxtasis, continuó ahorcándola. Incluso, llegó al punto en que la soltó de nuevo y la tomó de la cintura con dureza, tanta que pareció que estaba a punto de atravesarle la piel.

Se quedó allí por un rato hasta que le hizo cambiar de posición. La chica, inmersa en ese trance de placer, se dejó tomar por él como le dio la gana. De nuevo, esa docilidad fue suficiente para que le diera un extra de impulso a eso que estaba experimentando internamente. Por un momento se sintió más vivo que nunca.

Entonces ella se quedó sobre la cama, en cuatro y con las nalgas lo suficientemente expuestas sólo para que él la follara como quisiera. La boca se le hizo agua, así que no pudo resistir arrodillarse para chuparla.

La chica comenzó a gemir con más intensidad, al mismo tiempo que él le apretaba las nalgas con fuerza impresionante. Estaba tan perdido en esas sensaciones que se le olvidó por completo ese autocontrol que debía autoimponerse por disciplina.

Apartó su cabeza la cual estaba entre esas deliciosas nalgas tan ricas como un par de duraznos maduros, se levantó para colocarse de pie y

poseerla desde esa posición. Su instinto dominante volvió a manifestarse, así que le propinó un par de nalgadas fuertes.

Luego, Ed puso sus manos sobre las caderas de ella y colocó su pene en la entrada de ese coño que estaba caliente y húmedo. Volvió a penetrarla pero esta vez con una locura que iba más allá de lo que había experimentado alguna vez.

El movimiento de su pelvis fue violento y a veces inconsistente. Eso se lo adjudicó a su falta de experiencia, así que se prometió a sí mismo que lo haría con mayor destreza la próxima vez... Porque era obvio que lo haría de nuevo, sin importar las circunstancias.

Los gritos y jadeos de mezclaron en un solo. La mejor parte sin embargo, fue el darse cuenta que fue capaz de producirle un orgasmo. Uno tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y la estabilidad en las piernas. Fue exquisito y más porque experimentó ese torrente de fluidos en su pene que estaba abrasado por ese calor tan adictivo.

Ella se dejó vencer sobre la cama y se quedó allí por un largo rato. En cambio, Ed se dio cuenta que había dejado salir algo de su interior que pareció una fuerza que siempre había tenido allí pero que le era necesario saber de qué se trataba. No podía quedarse con esa duda, por lo que tendría que investigar al respecto.

El sexo de esa noche fue increíble. Ella lo supo y lo manifestó con besos y caricias que él recibió con regular entusiasmo, principalmente porque estaba concentrado en descubrir en esa especie de monstruo que había dejado escapar. ¿De qué se trataba? ¿Siempre había sido así?

Las dudas invadieron su cabeza durante mucho tiempo. Después de esa noche, la intimidad entre los dos se hizo más frecuente y él la aprovechó para estudiarse a sí mismo. De vez en cuando era capaz de abstraerse lo suficiente como para darse cuenta que había algo que no podía entender con demasiada claridad. Era un hombre diferente y necesitaba probar si era ella o era más una cuestión de sí mismo.

Cuando llegó el momento de ir a la universidad, la situación se hizo un poco más interesante. Ambos irían a institutos diferentes, por lo que él aprovecharía su pseudo soltería para dar rienda suelta a esa personalidad intensa que acababa de descubrir.

Aunque seguían de novios, por cuestiones más de interés familiar que de amor, Ed no lo tomó como un impedimento para conocer a otras mujeres. Estaba ansioso por salir de esa relación al menos por un tiempo. El

formalismo y ese compromiso que se había extendido demasiado tiempo lo tenían demasiado aburrido.

Como era de esperarse, se proyectó como el estudiante más brillante y como el deportista más completo de la universidad. Era presidente del Club de Negocios y del equipo de natación, así que no era de extrañarse que fuera increíblemente popular, sobre todo entre las mujeres.

Aunque sentía que podía escoger prácticamente de cualquier lugar, sólo hubo una que realmente le llamó la atención y era porque lucía completamente diferente a lo que había conocido con anterioridad.

Morena, cabello rizado largo color chocolate, ojos negros y sonrisa cautivadora, Muriel era el nombre más pronunciado en la universidad por tratarse de una de las Betas más hermosas del campus.

A pesar de tener una clase inferior a la de él, siendo algo que consideraba seriamente, no le importó en lo más mínimo porque había quedado como un tonto apenas la vio por primera vez.

Su tez parecía brillar fuera de día o de noche, su andar era sensual y casi hipnótico. Se vestía muy bien y tenía un carácter encantador. En conclusión, era todo lo opuesto a él y eso le parecía algo sumamente atractivo.

Ed la miraba en silencio, la seguía con los ojos y trataba de armar las palabras suficientes para resultarle, a menos, llamativo. Pero no pasó nada, esa mujer no le prestaba ni el más mínimo de atención y eso, para un hombre acostumbrado a la adoración, era algo que le resultaba chocante.

Por un tiempo trató de huir de esas sensaciones, pero más tarde se dio cuenta que no podía más, tenía que acercarse a ella y decirle cómo se sentía, así representara una gran humillación a su magnificado ego.

Aprovechó la ocasión de hacerlo una vez que se celebraba una convención de líderes de los diferentes grupos de la universidad. Ella, por supuesto, formaba parte del voluntariado de mujeres feministas y de ayudas a los Omegas.

Él se tomó el tiempo para observarla y decidir la ocasión para encontrarse con ella, entonces esperó a que estuviera sola.

—Hola, ¿tienes mucho tiempo siendo presidenta de estas organizaciones?

—Hola, sí. Un poco.

Ella lo trató con sequedad y eso casi le hizo perder los estribos. Sin embargo, respiró profundo y trató de sonar amable aunque le pareciera prácticamente imposible.

—¿Por qué ayudas a los Omegas? Esa gente está debajo de ti y de mí.

¿No crees que resulte una pérdida de tiempo lidiar con esas personas?

Muriel lo miró tratando de armarse de valentía, no quería resultar grosera pero debía escoger las palabras suficientes para hacerle entender que sus ideas estaban equivocadas.

—Todos necesitamos ayudas y nadie está por debajo de nadie. Esta cuestión de clases es absurda... Pero no creo que te interese puesto que vives en un pedestal. Todo el mundo te ama, así que es difícil para ti entender de estas cosas. Tranquilo, es mejor que te concentres en la natación. De seguro te va muy bien con eso.

Luego de decirle eso, lo dejó allí, plantado y con la expresión de incógnita. No comprendió lo que estaba sucediendo por que trató de procesar todo de la mejor manera posible. Lo cierto es que nadie lo había tratado de esa manera, nadie se había atrevido decirle algo de esa manera.

En primera lugar sintió enojo pero esa sensación fue reemplazada por la necesidad de saber más de ella. Muriel había sido la primera persona que le había cantado sus verdades sin tener temor alguno, así que quedó enganchado en ella desde ese momento.

Ed era un hombre tenaz, así que no se rendiría demasiado rápido hasta lograr hablar con ella y tener un intercambio interesante. Cada día estaba empeñado en ello y no daría su brazo a torcer.

Así que la buscó cuando podía y le sacaba conversación sobre cualquier cosa. Fue tanto por tanto tiempo que ella no pudo negarse más. Así que accedió a tener una cita con él con la esperanza de desencantarse por completo y dejar las cosas lo más tranquilas posibles.

Sin embargo, después de unas cuantas hamburguesas y cervezas, los dos pasaron el resto de la noche hablando de lo más agradable. Ella no se esperó una cita como esa y él tampoco. Así que prometieron que se encontrarían después para hablar sobre otros asuntos.

Comenzaron a salir, hecho que no pasó desapercibido en el resto del campus. La chica más deseada con el chico más exitoso de la universidad, era como la dupla perfecta.

Aunque Ed no tomaba en cuenta a esas cosas bajo ningún concepto, no podía negar el hecho de que se sentía complacido de estar con ella. Era un mujer que retaba su inteligencia y le hacía sentir cómodo consigo mismo. Pero, estaba un detalle importante, tenía la necesidad de intimar con ella, quería fundirse en esa piel deliciosa y bronceada.

No pasó demasiado tiempo para que los dos se involucraran en una

relación carnal bastante intensa. Si bien tenían discusiones fuertes desde lo ideológico, parecía que podían limar asperezas con el sexo, algo que parecía la mezcla perfecta.

Luego de un par de encuentros, Ed se dio cuenta de un hecho importante, Muriel tenía un comportamiento que le llamaba la atención. Era una mujer que le gustaba ser dominada, controlada. Así que sonrió al darse cuenta que el destino le había hecho un enorme favor al juntarle con una mujer como esa. Era como si su buena estrella le sonriera.

—Hay algo que debo decirte.

—Dime.

—Hay algo dentro de mí, algo que no sé qué es y que no sé qué nombre tiene, pero es algo que me hace querer dominar, controlar. Es algo que me hace desear tener posesión de todo sin que me importe nada más. Comencé a experimentarlo desde muy joven y me da miedo porque siento que no lo puedo dominar. Es como si tuviera una bestia dentro de mí.

Ella le sonrió con amabilidad y dulzura.

—Sé muy bien lo que eres y déjame decirte que es más normal de lo que crees. ¿Sabes qué es el BDSM?

—No, no tengo idea.

—Luego te explicaré muy bien de qué se trata, pero en pocas palabras se trata de algo muy importante. Quiere decir que eres Dominante; es decir, te gusta tener todo el control de la situación, quieres que se haga lo que deseas y te gusta el juego que eso produce. ¿Me equivoco?

Pareció como si ella le hubiera escaneado todo. Se echó para atrás analizando todas esas palabras y se quedó pensativo.

—Sí... Así.

—No tienes que tener miedo de eso. Es la manifestación de un deseo, de una parte importante de ti y que no debes esconder más. Créeme, somos muchos, muchos más de lo que te imaginas.

Él se sintió tranquilo y comprendió que no estaba solo. Se alegró por dentro el poder contar con una persona como ella. Sin embargo, eso lo dejó pensativo. Ella dijo “somos muchos más”, ¿a qué se refería con eso exactamente? Tenía que averiguarlo.

El sexo seguía increíble pero él tuvo la sensación de que quería experimentar algo más, por suerte, Muriel le dio una noticia que lo entusiasmó como nunca pensó. Ambos irían a una reunión de BDSM.

—¿Crees que estás listo?

—Sí. Creo que sí.

—Tienes que estar seguro. Probablemente te encuentres con muchas cosas interesantes y quizás, algo alocadas.

—Estarás conmigo para guiarme.

—Es así.

Los dos se prepararon para una noche fuera de serie. Para Ed, toda aquel protocolo le parecía divertido puesto que era algo que naturalmente detestaba. Sin embargo, tenía que mantener esa postura de persona de mente abierta, si quería realmente saber cómo pasarían las cosas.

Se fueron en el aerocoche de ella y se enrumbaron hacia las afueras de la ciudadela. Recorrieron grandes distancias, al punto de llegar al borde de la periferia. La expresión de extrañeza de él fue suficiente para hacerla reír un poco. Le gustó saber que el niño engreído por fin estaba saliendo de su círculo de seguridad.

—No pongas esa cara. Cuando llegemos ya lo entenderás.

Fue la primera vez para él encontrarse con ese mundo tan diferente al suyo. Los Omegas estaban rodeados de calles estrechas, oscuras, de humedad, de ruido y de caos en general. Se preguntó cómo alguien podía soportar un ambiente así hasta el día de su muerte. Por un instante, incluso, recordó la comodidad de casa, la tranquilidad de las calles de la ciudadela, la limpieza, el orden y la pulcritud que se reflejaba hasta en las ropas de la gente. Ahora se encontraba en un sitio tan oscuro, tan lúgubre.

De repente, ella aparcó frente un edificio aparentemente abandonado. Lo extraño era que ese lugar parecía abandonado pero él tuvo el presentimiento de que no era así.

Bajaron del coche, Muriel le tomó la mano y le sonrió. Ed se sintió un poco más tranquilo y procedieron a acercarse a una puerta de color rojo bastante vieja y oxidada. Ella se paró en frente y estiró la mano en forma de puño. Tocó unas cuantas veces, hasta que escuchó que alguien se movía detrás.

Una pequeña rejilla, casi imperceptible, se abrió para mostrar un par de ojos negros y pequeños. Luego de una rápida inspección, se volvió a cerrar la rejilla y se escuchó de una cerradura que cedió por completo. La puerta se abrió una mujer vestida de negro y con el cabello corto los recibió con una mirada distante y fría.

Muriel asintió levemente y se adentró a ese espacio para encontrarse con una luz roja que bañaba todo el lugar. Mientras caminaban, se escuchaba el

bajo de la música. Las paredes parecían vibrar y Ed estaba descolocado porque había salido de todo aquello que le resultó familiar.

Finalmente entraron en lo que pareció ser una gran sala repleta de gente. La luz roja daba esa sensación sexy y lujuriosa. Muriel se detuvo un momento para ver a su acompañante y asegurarse de que todo estuviera bien.

Ed estaba ensimismado, admirando las parejas y la gente que estaba allí. Algunos estaban vestidos con mínimas prendas de cuero o látex, otros estaban atados y colocados en las paredes como si fueran objetos de exhibición, el resto, como él y como ella, vestidos de negro y admirando todo alrededor.

Por dentro, él estaba emocionado. Cada cosa que veía, le resultaba increíblemente sensual y atractivo. No podía desprenderse de esas fuertes imágenes que tenía cerca de él. Por un momento se desprendió de las manos de Muriel y comenzó a andar solo por el lugar. Comenzó a notar ciertas cosas que le llamaron la atención.

Más allá de las ropas, había gente que servía de mesas de café o para apoyar brazos y piernas. Iba avanzando y conociendo más sobre ese ambiente tan exótico y pervertido. Por un momento, se detuvo en una venta de esclavas. Vio mujeres de todo tipo, altas, bajas, voluptuosas, de piernas largas, con grandes pechos o con traseros pronunciados. Todas se veían hermosas y muy sensuales, estaba allí, hecho un tonto de verlas.

Continuó caminando y se topó con alguien que daba instrucciones claras sobre cómo hacer amarres efectivos. Se quedó allí porque pensó que sería útil de usar esa información con Muriel. Siguió andando hasta que se adentró en una parte más oscura y alejada de la parte central de esa gran sala. Se sintió atraído por un sonido que se hacía cada vez más fuerte a medida que avanzaba. Se quedó un momento parado porque no sabía cómo actuar. Volteó y miró el rostro de Muriel a lo lejos, ella le hizo una seña para que entrara y así hizo él.

Ed se encontró con una habitación oscura salvo por una luz central que enfocaba el gran culo de una mujer. Junto a ella, un tío vestido de negro y con una máscara. En una de sus manos tenía un látigo de varias cintas de cuero.

Los espectadores estaban detrás de los bordes de luz, como si quisieran quedarse en las sombras para admirar lo que estaba pasando en ese momento. Ed hizo lo propio por respeto al ambiente que se estaba desarrollando en ese momento. Así pues, optó por quedarse de pie, recostado en una de las paredes

para ver bien lo que estaba pasando. Quedó impresionado al poco tiempo.

No tardó demasiado tiempo en darse cuenta que la mujer estaba recibiendo una cantidad importante de nalgadas y latigazos. El hombre, intercalaba el ritmo y las sensaciones que le producía, puesto que era de esperarse escuchar una serie de ruidos de todo tipo.

Debido a que él era un hombre detallista, se percató que varios hilos de fluido recorrían la entrepierna de ella, acariciando su piel lentamente. Sí, estaba empapada por lo que Ed comprendió que el dolor era un gran estimulante para esa desconocida.

Siguió en silencio para concentrarse bien en lo que tenía en frente. Ella le daba la espalda al público y, además, era incapaz de moverse porque se encontraba amarrada sobre lo que parecía ser una estructura de madera.

El tío paseaba las lenguas de cuero sobre la espalda, culo y piernas de la mujer. Ella desconocía cuándo se haría el golpe, pero eso formaba parte de la emoción, porque de eso se trataba, de ser incapaz de predecir la conducta del otro.

En el momento menos esperado, su piel blanca ahora ya rosada y bastante rojiza, comenzó a recibir una gran cantidad de impactos. El brazo de ese hombre se agitaba de un lado para el otro, de manera violenta, fuerte, constante. Más allá de los azotes, se escuchaban los gemidos y gritos de esa mujer, incluso, ese roce de las uñas que se clavaban en la madera con gran fuerza.

De vez en cuando, los sonidos también eran interrumpidos por algún suspiro de los asistentes. Lo cierto, es que estos también hacían un gran esfuerzo por mantener la concentración y no perderse en la excitación producto de esa imagen tan fuerte y contundente.

Por otro lado, el ver todo aquello, ayudó a Ed a darse cuenta que esa sensación extraña que parecía vivir en su cuerpo desde que recordaba, no era producto de la locura, era algo intrínseco en él y que le daba forma a su personalidad.

Sus ojos azules atravesaron la piel de esa mujer y se imaginó a sí mismo haciendo lo mismo, tomando el control, teniendo el dominio total de la situación. Sudado, agitado, jadeante pero feliz, eso era algo que necesitaba en su vida, era algo que requería para mantener un poco el equilibrio de las cosas y que estas tuvieran cierto sentido.

Permaneció un rato más en la habitación hasta que el aire denso le hizo sentir que era momento de irse de allí. Volvió a seguir los sonidos y la

iluminación tenue hasta que encontró la silueta de Muriel sentada en una especie de barra.

Sostenía una botella de cerveza helada hasta que sintió la presencia de él. Ed se le sentó al lado y ella giró a verlo, tenía esa expresión como de agradable sorpresa, como si lo que acaba de descubrir hubiera sido una de las cosas más geniales del mundo.

—¿Y bien?

—Quiero saber todo, todo sobre esto.

—¿Por qué?

—Porque siento que después de todo, después de todos estos años, creo que encontré algo que me hace sentir que pertenezco. Sé que suena muy estúpido y más cuando ni siquiera tengo dos horas aquí. Pero es lo que siento dentro de mí, es como si hubiera encontrado el lugar ideal para mí.

—Créeme que lo entiendo y es completamente normal. Todos nos hemos sentido así y es algo que a veces nos hace sentir como si fuera algo irreal. Pero bien, es más tangible de lo que crees y la cuestión es sentirse bien al respecto.

Después de esas palabras, Ed sintió que todo comenzó a encajar por completo. Luego de un trago, Muriel se encargó de explicarle las dinámicas existentes entre Dominantes y sumisas/os. Las relaciones de poder, sobre el dolor y el placer, los juegos, el fetichismo, el sadismo y el masoquismo. Incluso le hizo una breve introducción sobre los accesorios y sobre otros submundos BDSM sujetos sólo a la dinámica y no expuestos necesariamente al sexo.

—Hay quienes están satisfechos con una sesión que incluya dolor o humillación. No necesariamente estas terminan con sexo y eso es algo que se llega a un acuerdo para evitar problemas. Por cierto, me quiero detener en esto último, es vital que la gente se comunique correctamente, que exprese lo que siente y diga cuáles son sus límites. Qué es lo que quieren y qué esperan del otro. Sin esto, es imposible mantener una relación equilibrada, sana, porque es más probable que haya discusiones y roces, incluso, maltratos.

Ella se acercó a él y lo miró con atención.

—... Sé que dentro de ti hay un Dominante vigoroso y poderoso, por ello tienes que aprender a apoyarte en conductas que te permitan conocer a la persona con la que estás. Tienes que escuchar y observar con cuidado, a no dejarte llevar por tu propio impulso porque, al final de todo, todo se resume al juego que hay con el poder. Cada quien quiere un poco de eso pero como

Dominante, tendrás la mayor responsabilidad porque se te cederán las cosas plenamente y debes tener cuidado con eso.

Ed se quedó pensativo, reflexionó sobre al respecto y supo que tenía que investigar más para ubicarse sin problemas. No obstante, también hubo algo que le daba vueltas en la cabeza.

—Hay otra cosa que me llama la atención. ¿Por qué vinimos aquí?

—Ah, sabía que me preguntarías eso. Pues, muy sencillo. Aunque no lo creas, la periferia abrazó por completo esta práctica hasta hacerla algo muy común. Claro, hay espacios reservados para ello pero lo interesantes es que se puede hacer sin que alguien te juzgue. Dentro de todo, los Omegas se hicieron expertos en admitir que la naturaleza humana tiene matices de todo tipo y que no siempre las cosas son en blanco y negro.

>>Al principio había pequeños grupos pero después se hicieron más grandes a lo largo de la periferia. Con el paso del tiempo, también permitieron el ingreso de Alfas y Betas, con la condición de que los asuntos de clase y política quedaran detrás de la puerta. De resto, todos podemos ser como queremos, expresarnos como deseamos sin que nadie nos diga qué es correcto y qué no.

—Ya veo... ¿Cómo tú te enteraste de esto?

—Como en tu caso, alguien me presentó este mundo porque también vio algo en mí que parecía encajar con todo esto. Me tomó un poco de tiempo por la crianza que tuve y porque no me sentía enteramente preparada, sin embargo, no me arrepiento de haber tomado esta decisión. Es lo mejor que me pasó y quiero que también lo sea para ti. Que sepas que este mundo no te juzgará y que siempre podrás ser como deseas.

—¿Podría venir?

—Claro, créeme cuando te digo que la gente respeta este tipo de cosas. No importa del lugar de donde provengas, si respetas las reglas y las normas de comportamiento, serás capaz de conocer placeres como nunca has imaginado.

Esa última frase fue lo suficientemente tentadora como para hacerle pensar que era un tío con bastante suerte. Estaba con una mujer que tenía confianza en su sexualidad y en sus gustos. Así que esa conexión la sintió más fuerte y la aprovecharía para conocer aún más sobre ese mundo que parecía abrirsele mágicamente.

Después de esa noche, la cabeza de Ed anduvo mil por hora. Llegó finalmente a la casa que alquilaba cerca de la universidad y se acostó en la

cama, pensando en todo lo que había visto en esa noche. Cerró los ojos y de inmediato fue como sentir que había regresado allí, a ese nido de perversiones y lujuria. En definitiva ese mundo era el suyo, allí pertenecía.

Comenzó a experimentar el control y el dominio con Muriel de todas las formas posibles: aprendió a atarla, a usarla con cadenas, a azotarla y a medir el dolor para que también fuera sumamente excitante para ella. Supo cuándo debía tener cuidado y se apoyó de la observación para comprender las expresiones y los ritmos de cómo iban las cosas. Cada situación con ella le brindaba la posibilidad de estar más cómodo consigo mismo.

Sin embargo, a pesar de vivir en esa especie de panacea, estaba claro que su vida estaba aún atada a esa relación fofa de la secundaria y en las exigencias familiares. En ese momento, se sintió un poco harto de todo y pensó que lo mejor que podía hacer era tomar distancia y dedicarse al pequeño mundo que era la universidad.

Todo resultó bien durante un tiempo, pero no por mucho. Sus padres le advirtieron que si bien él podía aprovechar su juventud para pasarla bien, no debía olvidar que era heredero de una clase social poderosa e importante, que su comportamiento debía ser ejemplo para los demás porque no se trataba de un simple muchacho. De nuevo, sus deseos y placeres quedaban dirigidos por extraños y no por él mismo.

Muriel comprendió todo aquello, así que se apartó de él por voluntad propia.

—Entiendo por lo que estás pasando. Los Alfas y Betas nos imponen condiciones y estilos de vida que debemos seguir para mantener el estatus quo. Pero tengo la sensación de que eso terminará pronto, espero que sí.

Ella se alejó de todo su mundo, no sin antes compartir una de las sesiones más intensas hasta el momento. Hubo amarres, sangre, sudor y lágrimas. Ambos amantes se despidieron de la mejor forma posible.

Entonces, Ed se graduó con honores como era de esperarse, pero también con la sensación amarga de que debía cortar con sus deseos por la presión ajena. Se volvió más silencioso y más receloso por su vida. No quería que la gente supiera qué hacía y qué no. Decidió también que haría lo que le diera la gana, aun cuando eso significaba esconderse de los demás.

Continuó con ese noviazgo falso por un tiempo más hasta que él rompió la unión definitivamente.

—No sirvo para esto, la verdad. No eres tú, soy yo, soy un gilipollas y no te mereces a un tipo que es un disperso de mierda. Lo siento.

Trató de aliviar la situación echándose la culpa lo más posible, pero eso no fue suficiente. Como era de esperarse, sus padres y los de ella le reprocharon lo que había hecho, ya que se había llegado el acuerdo de que ese hubiera sido el matrimonio perfecto para los Alfas, sería la unión ideal. Pero Ed rió a lo último, haría lo que le diera la gana, dentro de todo.

Siguió su formación como líder junto a su padre quien le enseñó todo lo concerniente al poder.

—Debes tener cuidado, hay gente que siempre estará sobre nosotros, midiendo los errores y espiándonos. Por eso debes mirar bien y no dejarte llevar por el calor de las emociones. Sé que es difícil, pero no es algo imposible de lograr.

Esas palabras quedaron marcadas en su mente y aprendió a ser una persona atenta y también ágil con las decisiones. Poco a poco, se convertía en una figura importante entre las personas más influyentes de los Alfas. Era digno hijo de su padre.

No obstante, si bien adoraba el sentido de casi veneración que tenían hacia él, sentía la necesidad de estar con alguien, de sentir el calor de unas buenas piernas o el someter a alguien a sus deseos más oscuros. Así que retomó esa práctica de regresar a la periferia para encontrarse de nuevo con la vida oscura del BDSM. Necesitaba algo que le ayudara a encontrar el balance perfecto de lo que era en sociedad y de lo que era internamente. No podía seguir ignorándolo.

Esa decisión le ayudó a sentirse mucho mejor consigo mismo, en la periferia, entre esas calles oscuras y húmedas, fue capaz de encontrar mujeres que se doblegaron fácilmente a su voluntad, encontró deseos intensos de féminas que ansiaban que un dominante las tomara como quisiera.

Gracias a ello, su instinto sexual y de hombre controlador se halló tranquilo. De día, se encargaba de preservar la imagen de hombre correcto, guapo y tranquilo, mientras que en ciertas noches, se quitaba ese traje de pretensión y se entregaba a la piel, al sudor y a ese animal que vivía dentro de su ser.

Para que no lo fastidiaran al respecto, hizo un gran esfuerzo por separar bien ambos aspectos. Por suerte, el mundo BDSM era conocido por respetar la privacidad de la gente, pero a veces no le molestaba demasiado dejar ese detalle bien en claro... Y más tratándose de una persona como él.

Después de tantos años de entrenamiento, de presión social y preparación desde la niñez, Edward Michaels III fue nombrado como el nuevo líder Alfa

en manos de su padre. Todo ello fue celebrado en un ritual magnánimo y un tanto exagerado, pero así era la costumbre Alfa.

Luego de vestirlo con una banda dorada y reluciente, el padre de Ed le dio un largo abrazo y trató de ocultar las lágrimas en los ojos. Estaba orgulloso de su hijo y estaba seguro que sería un líder querido y respetado. Ya lo era, incluso antes de asumir el poder.

—Estoy tan contento de que haya llegado este día. No tienes idea.

—Gracias, papá. Gracias, de verdad.

Ed no era particularmente efusivo pero tampoco pudo evitar experimentar una sensación agradable dentro de su corazón. Luego de ese gesto dulce, miró hacia la gente, su madre y su hermana estaban en lágrimas y el resto de la gente aplaudía sin parar. Ciertamente había nacido para ello, así que estaba decidido a asumir el liderazgo de la mejor forma posible.

Desde ese momento, se vio en la obligación de dejar los juegos porque no tenía ni siquiera el tiempo para pensar en ello. Su vida estaba dedicada casi por entero en brindar todas las soluciones posibles hacia una clase social que parecía urgida en mantener las comodidades que tenía.

Eso, además, también le hizo pensar en las veces que fue en la periferia y en el desastre que siempre se encontraba allí. Ansiaba hacer algo para mejorar la situación pero no sabía cómo abordar ese tema sin que alterara la susceptibilidad de los Alfas más ortodoxos. Lo haría, sin duda, dentro de todo, lograba salirse con la suya.

Fuera de los asuntos políticos, su madre y hermana estaban empeñadas en que él saliera con alguna chica Alfa, incluso Beta. Cada día sugerían alguna para despertar el interés del ya soltero más cotizado de entre los Alfas.

Para variar, Ed no tenía ningún tipo de interés al respecto. Estaba fastidiado de por sí en que la gente creyera que tuviera algún tipo de influencia en él. Sin embargo, la presión fue tanta que se vio en la necesidad de acceder a esas citas tan cancinas. Al final, quedaba en una mesa en algún restaurante de lujo, rodeado de agentes de seguridad frente a alguna mujer hermosa pero incapaz de despertarle el interés en lo más mínimo. Estaba fastidiado que insistieran en un asunto que ya daba por perdido.

Toleró lo suficiente como para más tarde decir que ya estaba harto de todo el asunto.

—Esto es simplemente ridículo. Están empeñadas en encontrarme pareja cuando saben que hay asuntos mucho más importantes que ese.

—Hijo, ten en cuenta que la gente te vería con mejores ojos si logras

formalizar tu relación con una linda mujer, una perfecta para ti. Adecuada a tu clase y a tu educación. ¿Acaso no sería estupendo eso? Nos harías muy felices a todos, y más a nosotros.

Lo cierto es que estaba cansado de tener que complacer a todo el mundo y más en ese aspecto.

—No es necesario, mamá. Basta, por favor.

Ese hombre rubio, alto y de ojos azules tan frío como las profundidades del mar, cerró el tema sin dejar oportunidad de cambiar de opinión. No tenía ganas de seguir lidiando con eso.

Continuó entonces con sus intentos de saber cómo podía mejorar las condiciones de los Omegas y tratar de balancear las cosas lo mejor posible. Pasaba noches enteras en la oficina, tratando de pensar en cómo serían las cosas con una sociedad más justa y equilibrada. Por alguna razón, en esos instantes, recordaba la figura de Muriel, recordaba el altruismo y las causas que apoyaba. Esperaba poder hacer algo remotamente loable, por él y por quienes hacía un esfuerzo por cambiar las cosas.

Dejó el temor sobre el tema cuando se prometió que haría expediciones para conocer la periferia lo mejor posible. Si bien los recorridos que había hecho le ayudaron a conocer algo de la realidad Omega, necesitaba toda la información posible.

Después de salir de esa reunión que parecía prometer el crecimiento de los Alfas, estaba casi seguro que era capaz de armar el plan para la siguiente fase. Conocer los problemas concernientes a los Omegas. Sabía que la única manera de lograrlo era asegurando el éxito y la comodidad de los de su clase.

Aunque estaba cobrando una actitud un poco más abierta al respecto, por dentro seguía siendo el chico que quería tener siempre la razón y el que adoraba la admiración de la gente. Pasar tantos años sumido en un ambiente como ese, le resultaba difícil despedirse de esos hábitos que le resultaban tan placenteros.

Ed era un tío popular por su agudeza mental, por la capacidad de enfrentar situaciones difíciles, por tener templanza y seriedad, y por contar con un extraordinario atractivo físico que resultaba casi aplastante. Con la adultez, se volvió más alto, más fuerte y con un halo de misterio que parecía ser irresistible para las mujeres. Era increíble.

Cualquier hombre pudiera envidiar una situación así, pero él no tanto, estaba más bien concentrado en otras cosas y cuando eso sucedía, era casi imposible sacarlo de ese modo.

En esas noches en donde se quedaba solo en la oficina, después de que todo el mundo se iba, permanecía en la silla, balanceándose lentamente y pensando en que añoraba sus años de juventud y libertad, o al menos una parte de ella.

Incluso, a veces se preguntaba cómo sería estar con alguien que le diera cierta sensación de tranquilidad y placer, un cuerpo caliente que fuera capaz de proporcionarle un poco de paz entre tantos espacios estresantes. Pero esa era la vida que había escogido y no podía hacer demasiado al respecto.

Una vez, se levantó de la silla y caminó por su amplia oficina, con las luces apagadas y con un vaso de whiskey en una mano. Miró los cubos de hielo y alzó la mirada para ver toda esa tierra que se desplegaba frente a él. Era dueño de eso y más. Tenía que concentrarse en eso.

III

—Comenzaremos las expediciones la próxima semana. Me gustaría hacer esto porque me parece que es un problema que debemos atender y se ha descuidado desde hace bastante tiempo.

La mesa de consejeros se quedó en completo silencio ante las palabras de Ed.

—Insisto, es necesario. Por un lado, se vaticina el crecimiento importante de nuestro círculo, pero no podemos seguir ignorando que los Omegas representan la mayoría de la población, así que tenemos que hacer un plan que nos permita aprovechar esa situación.

—Mi señor —dijo uno de ellos con cierto tono condescendiente—, esa gente es de lo peor. Se ha confirmado demasiadas veces y es un hecho que no podemos obviar.

—Lo sé, pero no quita que sea necesario estudiar más al respecto. Esto es un estudio, una expedición que haré por mi cuenta, con el apoyo de la seguridad y unos cuantos de ustedes. Nada más.

—Puede ser el principio de situaciones complicadas, mi señor. Esa gente no es de fiar, reúne todo lo nefasto del mundo. Sus abuelos lo sabían muy bien.

El uso de ese argumento fue tan fastidioso que sólo se limitó a quedarse callado. Sabía que el tema de sus abuelos era delicado, así que el simple hecho de que los nombraran, le parecía un acto muy bajo.

—Apartando eso, cosa que ya todos conocemos bien, es importante. Se desperdicia el potencial relevante para convertirnos en una potencia frente a otras ciudades estados. Es un modelo obsoleto que podemos mejorar si nos lo proponemos. E, insisto, para su tranquilidad, sólo consiste en un estudio previo. De ello tomaremos las decisiones necesarias.

Se levantó de la silla y se despidió sin darle la oportunidad de los demás de siquiera debatir al respecto.

Salió del lugar como si sus pasos estuvieran expulsando fuego. Se adentró

en su oficina y llevó sus manos a la sien, permaneció en silencio por un largo rato y trató de tranquilizarse. Era obvio que tendría que hacer frente a un muro muy grande, pero aun así, no le importaba. Ejercería la presión que fuera necesaria.

La tenacidad de Ed le valió el visto bueno —a duras penas—del consejo, así que los preparativos no se hicieron esperar. La noticia, sin embargo, no fue tan bien recibida por la comunidad Alfa en general. La gente se sintió escandalizada al darse cuenta de que su líder, su representante más importante, parecía desafiar las normas más estrictas impuestas.

—Señor, tenemos todo preparado para salir en cuanto antes.

—Perfecto, partimos en cinco minutos.

Ed miró echó un vistazo a la ventana que tenía en su oficina y se quedó allí por un rato. Miró de nuevo ese paisaje que mostraba la grandeza y lujo de los Alfas, las calles acomodadas y bien organizadas de los Betas y, más allá, cerca del horizonte, la oscuridad de los Omegas. Respiró profundo y salió de allí preparado para asumir una misión importante.

Un grupo de 10 hombres distribuidos en un anillo de seguridad, lo resguardaban. Abandonaron el gran edificio y se fueron con paso veloz. Dejando a gran parte de la gente, con la duda a flor de piel y con la incertidumbre de lo que podría pasar.

En el coche, Ed se dedicó a escuchar las instrucciones del líder de equipo de seguridad quien le decía qué hacer en caso de emergencia. Mientras el hombre le hablaba, él sólo parecía notar un ruido incomprensible que salía de su boca. Estaba nervioso y ansioso, no sabía exactamente por qué.

Era un día como cualquier otro, Skye estaba en las calles tratando de encontrar algo interesante, lo suficiente para distraerla del sentimiento de aburrimiento que sentía en ese momento.

Se introdujo en varios restaurantes para ver si encontraba algo interesante, quizás tendría suerte de hallar un grupo gracioso de Alfas para robarles algo. No por necesidad, sino por diversión.

Siguió caminando y notó que un grupo de personas estaba mirando fijamente a ese cielo gris y frío. Se preguntó lo que pasaba y notó que unos aerocoches negros y relucientes, irrumpieron el espacio aéreo. Pensó por un momento, esos mismos le resultó familiar pero no sabía la razón. Siguió pensando y recordó de un golpe, se trataba de alguien importante procedente de los Alfas y Betas. Seguramente era un Alfa por el lujo del coche y por ese modelo, era demasiado nuevo.

Los demás dejaron de mirar porque ya estaban acostumbrados a que los trataran como si fueran animales de zoológico, pero ella se quedó pensando. Si se trataba de una personalidad influyente, quizás podría obtener una buena tajada de eso. Así que comenzó a hacer su plan con cuidado porque estaba decidida a llevarse algo de eso. Era su día de suerte.

Aparcaron los aerocoches en una zona alejada de la periferia para que estos no llamaran la atención innecesariamente. Así que comenzaron a caminar por entre las calles, mientras algunas personas los miraban con cierto recelo. El odio hacia los Alfas y Betas era palpable, así que era importante andarse con cuidado.

Ed estaba impresionado. Las calles que había recorrido cuando era un joven universitario se veían igual, o incluso peor. La miseria se agudizó en ciertos sectores, por lo que un par de su equipo se dedicó a tomar fotos del entorno. De cerca, sin ser percibida, estaba Skye que seguía el grupo.

—Este tío debe tener buena pasta. Tiene un grupo de personas con él. Qué divertido será todo esto, de verdad.

Agudizó la mirada y observó los artefactos que los hombres tenían en su poder. Equipos que nunca había visto pero que de seguro, al obtenerlos, podría venderlos y recibir una buena cantidad de dinero, quizás la cantidad suficiente para dejar esa vida e irse lejos. La sola idea le pareció increíblemente tentadora, por lo que continuó con la caminata con cuidado, no deseaba llamar la atención. No lo quería por ningún concepto.

Los hombres iban inspeccionando poco a poco, absortos en lo que les rodeaba. Ed estaba concentrado en las estadísticas y en el aspecto general de lo que estaba allí. Aunque tenía una expresión neutral, por dentro se sentía bastante angustiado porque las cosas resultaron ser mucho más terribles de lo que había pensado.

Internamente, Skye pensaba que quizás no era demasiada buena idea el estar allí, espiando ese hombre. Su instinto le gritaba que podría ser mucho más peligroso de lo que ya se veía. Pero no, era una mujer tenaz y debía seguir con su plan. Sólo podía imaginar el dinero que podría obtener... Podría hacer mucho, mucho y tanto.

Los siguió por un largo rato, incluso, pensó que lo mejor que podía hacer era dejar esa situación hasta ese tamaño. Pero no quiso y volvió a decirse a sí misma que debía intentarlo tantas veces fuera necesario.

Esperó un poco más hasta que se dio cuenta que el grupo llamó a un descanso y optaron por entrar a un restaurante cantonés que no estaba muy

lejos. Mientras se dirigían en esa dirección, Skye quedó deslumbrada por lo que vio: un hombre alto, rubio y con los ojos azules tan brillantes como las estrellas.

No lo se dio cuenta de su presencia porque estaba resguardado por los tipos que andaban con él y, además, la oscuridad de las calles también le impedía detallarlo con cuidado. Sin embargo, justo en el momento en que entró, las luces de neón iluminaron su cuerpo y piel, haciéndolo ver como si fuera el ser más hermoso del mundo.

Se apoyó en una de las paredes porque sintió como si algo le hubiera quitado el aliento, el corazón comenzó a latirle con fuerza y pensó que estaba al borde de unas emociones que no había conocido antes.

Trató de espabilarse en cuanto los vio entrar. No podía perder más tiempo ya que el dinero la llamaba sin parar. Era momento de actuar lo más rápido posible.

—Aún queda analizar el otro lado de la periferia. Hemos hecho unos cuantos estudios y encontramos que será un poco más sencillo de recorrer porque la mayoría de la población está concentrada aquí.

—Perfecto, sigamos así. De tener este buen ritmo, podremos regresar antes de tiempo y reunir todos los datos. Hay mucho que analizar.

—Sí, señor.

Ed se sintió extrañado de que nadie lo reconociera. Era un individuo más entre todo ese conglomerado que parecía luchar por su vida cada día. No pudo verse a sí mismo en esa situación porque le pareció terrible, asfixiante. Cerró los ojos y los volvió a abrir para recordarse a sí mismo que no estaba en esa situación y que debía quedarse tranquilo.

Unas mesas más atrás, estaba Skye sacó su pequeña navaja de su chupa de cuero desgastado y se detuvo en una silla en una esquina. Miró el reloj del mostrador y se percató que no faltaba demasiado para que se fuera la luz. Aprovecharía la brecha para robar lo necesario e irse de allí con rapidez. Era un plan que no podía fallar.

Se fue acercando con cuidado mientras los hombres no paraban de hablar sobre cosas que le resultaron incomprensibles. Entre tanto, mientras hacía cálculos mentales, ella volvió a quedarse impresionada por la presencia de ese hombre.

—Venga ya, tía. Ya basta.

Se concentró en lo que tenía en frente y permaneció allí hasta que escuchó el inequívoco sonido del bajón de luz. Era hora de actuar. Se

escabulló de entre las sillas, aprovechando la incertidumbre del momento, los hombres se colocaron en modo de alerta, mientras ella se dedicó a inspeccionar rápidamente los bolsillos y bolsos de los asistentes.

Con su pequeña navaja, realizaba incisiones precisas para obtener los objetos preciosos que estaban allí. Uno a uno caía lentamente sobre su mano para luego guardárselo en una bolsa negra de tela, la misma que usaba en ese tipo de casos.

—¿Pero qué pasa aquí?

—Es lo que suele suceder, señor. Cada cierto tiempo se va la luz, parece que tiene que ver con una sobrecarga debido a la cantidad de gente que vive aquí. Es la única forma de que el sistema no colapse por completo.

—Joder.

Ed estaba obstinado y más cuando era algo que interrumpía su labor, sin embargo, trató de entender la situación y se dispuso a quedarse tranquilo. El lugar estaba completamente a oscuras lo que le resultaba un poco incómodo, era como hacerse familiar con un entorno hostil sin la mayor posibilidad de ventaja ante ello.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se sintió curioso por todo lo que estaba alrededor. Miraba a un lado y al otro sin mayor interés, hasta que agudizó el oído en un ruido que le pareció extraño, era algo como si estuviera rasgándose.

Al principio lo pensó como algo que debía ser propio del restaurante, o producto del roce de algo. Se quedó tranquilo pero ese ruido persistía y le hacía sentirse incómodo. Así que permaneció quieto para comenzar a descartar opciones.

Se echó para atrás y apoyó su espalda en la silla para relajarse lo suficiente. Llevó sus dedos al mentón, cruzó las piernas y volvió a esperar un rato más. Estaba decidido a descubrir lo que era.

Skye estaba a punto de terminar, cuando vio algo que le llamó la atención, era el brillo de un smartphone de última generación, quizás lo más costoso que había visto en su vida. Sus ojos se iluminaron y la ambición le hizo sentir las ganas de tomarlo antes de irse. Estaba segura de que era un absurdo, que no valía la pena y que era mejor salir de allí antes de que el tiempo se le terminara... Pero no, no quiso, tan terca e insistente, se acercó a ese resplandor a pesar que la zona era peligrosa para ella.

Aunque todo su ser le decía que no, Skye se acercó al espaldar que tenía al frente para hacer una pequeña raja, sacar el aparato y salir de allí como

solía hacer. Por alguna razón, cuando se dispuso a hacerlo, el filo de la navaja no pudo con el material por más insistencia que hacía. Segundos después, pudo lograrlo pero la luz regresó.

Atajó el móvil y cuando quiso guardarlo en la bolsa, sintió una mano fuerte que le sostenía la muñeca con decisión. Se quedó paralizada y alzó la mirada para saber de qué se trataba. Era ese mismo hombre blanco y de ojos grandes azules que la miraba con un desprecio superlativo.

Trató de forcejear pero fue imposible, el tío estaba empeinado en ella y no importó los movimientos que hizo, era mucho más fuerte que ella. Ed se levantó de la silla y le alzó el brazo a esa chica con los ojos tan abiertos como platos. Le dirigió una mirada de desprecio tan cruel, que ella sintió que un frío le había recorrido el cuerpo.

—Me habían advertido de la gente como tú pero no le quise prestar demasiada atención porque soy un perfecto idiota. Pero apuesto que esta no es la primera vez que haces algo así. Tienes el descaro de querer robarme a mí y a la gente que está conmigo, pero bien, pues déjame decirte algo: soy un Alfa y no como cualquier otro, soy el líder.

Skye se quedó impresionada y tan impactada que no pudo pronunciar palabra alguna. Sintió ese frío en la espalda, ese miedo latente que le hizo sentir que no tenía escapatoria, quizás si rogaba un poco sería capaz de obtener un poco de misericordia, pero no sabía cómo hacerlo. Su brazo era agitado con una fuerza impresionante, como si no valiera nada.

—Las cosas que digo se cumplen, así que ten en claro esto que te diré: soy un tío que hace valer la justicia, no como aquí, que ustedes creen que no hay consecuencias para sus actos. Eso, al menos para ti, se acabó.

La soltó con fuerza y e hizo que prácticamente tambaleara. Le quitó el bolso negro y se lo entregó a uno de los guardias de seguridad. Luego la miró de abajo hacia arriba. Tenía la ropa gastada y un poco sucia, sin embargo, le resultó una mujer hermosa. Morena, de cabeza rapada, de ojos grandes y oscuros y de labios gruesos. Estaba asustada y no era para menos, estaba parada frente una importante autoridad.

—¿Qué hacemos con ella, señor?

—La llevamos con nosotros.

—Señor, eso podría causar problemas en la ciudadela, sin nombrar que puede agitar la situación con los Omegas.

—La única solución para esto es que esta gente aprenda que existen leyes y se harán respetar. Una cosa es que hayan escogido vivir como salvajes, pero

nosotros no lo somos. Es lo que dije, la llevamos con nosotros, luego veré qué se me ocurre hacer.

Skye sintió que ya era momento de suplicar por su vida, se imaginó encerrada en una mazmorra siendo torturada de todas las formas posibles. La sola idea le produjo un miedo terrible, por lo que se arrodilló y comenzó a hacer súplicas.

—Señor, señor, por favor. Hago esto para ganarme la vida. Usted debe saber muy bien que las cosas aquí son terribles, desesperantes. Es la única manera de obtener dinero...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su rostro hizo una mueca terrible de dolor. Pero lo cierto era que no había nada que hacer. Ed, dentro de todo, era un hombre implacable y eso era algo que había aprendido a lo largo de sus años de juventud.

No podía doblegarse con una decisión ya que era una muestra inequívoca de debilidad. No le tembló la voz en ningún momento, se quedó allí, de pie, mirándola con cierto desprecio, le daba asco ese comportamiento lastimero.

—Es mejor que dejes de hacer eso porque no valdrá la pena. Necesitas esto para que aprendas una poderosa lección, no puedes andar por la vida pensando que puedes hacer lo que te venga en gana. Estás equivocada... Eh, eh, no.

>>Ni te molestes en responder, la verdad es que me da pereza tener que seguir escuchando esos argumentos burdos que tienes. —Volteó para dirigirse a uno de los guardias—Creo que hemos pasado demasiado tiempo aquí, es hora de irnos.

Uno de ellos se acercó a Skye y le sujetó las muñecas con unas esposas fuertes y macizas. Ella se quedó como si estuviera en un estado de trance, no podía creer lo que estaba pasando.

Sin embargo, pasó de la pasividad a hacer movimientos bruscos y violentos como si pudiera librarse de esa situación. Se había acostumbrado tanto a salirse con la suya que no pudo creer que estaba en esa circunstancia, incapaz de ser libre. Su destino se le dibujó cruelmente incierto.

Todo el grupo fue hacia el lugar en donde se encontraban los aerocoches. Skye estaba junto a Ed, mirándolo con un profundo odio.

—Eso no te va a servir de mucho, niña. Debes aprender a entender que todo lo que haces tiene consecuencias. Sea aquí o en otro lado.

—Hablas demasiado para ser un Alfa. Ustedes y sus ínfulas de ser superiores.

Ed se acercó a ella para mirarla fijamente. Por un lado se sintió fascinando por su ímpetu pero también aquello le produjo una fuerte indignación.

—Nosotros tenemos el poder por alguna razón, ¿no crees? ¿Te imaginas al resto viviendo en el maldito caos en el que ustedes están acostumbrados a vivir? Sería un completo y absurdo desastre. La gente como yo somos los que ponemos cierto orden a todo y eso es lo que me corresponde hacer. Ya verás lo que te espera.

Ella sintió un hilo frío que le recorrió la espalda con violencia. Un par de guardias se acomodaron para manejar los coches. Skye se mantuvo de pie hasta que uno de ellos la tomó para que entrara. En ese momento, se puso a pensar en todo lo que podría pasarle, sintió mucho miedo y sólo le restó sentarse y ver cómo ascendía por los cielos.

IV

El aerocoche se elevó lo suficiente como para alejarse de ese lugar de manera progresiva. Lo que había sido su hogar y su vida habían quedado atrás por querer de dársela de lista, pero qué más podía hacer. No tenía la más mínima idea de que se trataba de un Alfa tan poderoso como ese. Trató de pensar en una solución mientras miraba por la ventanilla.

Por otro lado, Ed estaba hecho un volcán. Tener esa mujer cerca le recordó el porqué de ese comportamiento suspicaz de los Alfas hacia los Omegas, recordó porqué debía tener cuidado con la gente y porqué era más sencillo mantenerse esa actitud fría que lo había ayudado a establecer un gobierno sólido y estable.

Recordó en ese instante que las mujeres Omegas solían tener un destino bastante cruel: eran destinadas a ser esclavas domésticas o sexuales, denigradas a cumplir los instintos más básicos de quien fuera el dueño de alguna. Pensó de inmediato que quizás era el destino que ella tendría que sufrir por su propia imprudencia.

Luego se detuvo un momento, ¿por qué no entrenarla primero? Encerrarla en una mazmorra, atada con cadenas y someterla a todos sus deseos, hacerla suplicar. La cabeza estaba llena de opciones y no podía concentrarse correctamente, tenía que analizar bien la situación en la que se encontraba.

Volaron hasta la ciudadela, por un momento, Skye miró toda la estructura que estaba frente a ella. Estaba impresionada por el lujo y la grandeza de los edificios y de la estructura, era increíble y también intimidante.

Ella miró hacia todas partes como si quisiera buscar una salida, lo cierto es que no había alguna, así que lo único que le quedaba era quedarse allí y esperar lo peor.

Los dos coches descendieron lentamente sobre una especie de pista de aterrizaje. Luego de acomodarse, Skye miró cómo la logística Alfa se desplegaba en frente a sus ojos. Todo le resultó una maravilla de la modernidad. No esperó encontrarse con algo remotamente similar.

De repente, se abrió la puerta y un guardia le tomó con firmeza el brazo. Ella procedió a salir con un poco de miedo y con la mirada suplicante. No había nada qué hacer, en realidad. Ese era el destino que le tocaba.

—Llévenla a la oficina principal. Tomen la puerta trasera, no queremos que la gente se altere. —Dijo él refiriéndose a ella. Skye sintió una punzada fuerte en el estómago.

Ed caminó hacia la puerta principal de este gran edificio corporativo. Apenas empujó las puertas, recibió todo tipo de noticias. Tomó carpetas con informes y se dirigió hacia los elevadores, lo cierto es que estaba ansioso por ver de nuevo el rostro de esa chica aparentemente indefensa. Estaba maquinando cuál sería la mejor opción para tratar con ella.

Caminó por los largos y finos pasillos, no atendió los llamados de nadie porque había un asunto importante que atender. Abrió entonces la gran puerta de su oficina y la encontró allí, de pie, temblando.

Skye escuchó el sonido de sus zapatos y luego se encontró con esa mirada fría que la paralizaba por completo. Esperó a que él se sentara y cuando lo hizo sobre la superficie de su escritorio reluciente de madera, Skye pensó que era una oportunidad de oro para hacer el ruego.

—Señor... Señor, por favor. Sé que fue un error de mi parte, pero como le dije, muchos como yo lo hacemos para sobrevivir, es lo único que queremos, tratar de tener una vida más menos normal, no más que eso.

Ed se quedó sentado, mirándola sin la mayor atención y con aire indiferente.

—¿Terminaste?

Ella se quedó impávida.

—Bien, tengo entendido que las mujeres como tú reciben un duro castigo. Suelen ser tratadas como esclavas sexuales o domésticas... O las dos. Es algo triste, ¿sabes? Sobre todo porque provengo de un lugar en donde estas tienen la oportunidad de estudiar y formarse, de tener vidas interesantes...

>>Pero tú, pues, tuviste la desgracia de nacer como una Omega y la mala suerte de desarrollar una vida como la miserable ladrona que eres... Así que, después de tanto pensarlo, creo que se me ocurrió lo que deberás recibir... Te encerraré en una mazmorra y me encargaré personalmente de ti. Haré contigo lo que me venga en gana.

—SEÑOR, SEÑOR, POR FAVOR, SE LO RUEGO. YO SOY SÓLO UNA CHICA, POR FAVOR, SEÑOR. NO ME HAGA ESTO.

—No es necesario que hagas un escándalo, antes de venir para aquí ya

tenía decidido qué hacer contigo. No pierdas el tiempo en hacer súplicas sin sentido, en cambio, deberías prepararte para lo que te viene.

Se levantó de repente y caminó hacia ella y la miró fijamente, con esa expresión de maldad pura, como si se hubiera transformado completamente.

—Tengo que darte una lección, una que te haga entender que tienes que pensártela muy bien antes de volver a hacer una estupidez como esa.

Volvió a su escritorio y activó el altavoz.

—Llévensela a la torre y déjenla en la mazmorra subterránea. Ella está acostumbrada a ese tipo de lugares.

Los ojos de Skye se llenaron de lágrimas y justo antes de gritar aún más, la puerta de la oficina de Ed se abrió rápidamente. Era un par de guardias vestidos de negro que se dispusieron a recogerla para sacarla de allí.

Ella lo miró suplicante, como queriendo apelar hasta lo último. Pero lo cierto era que no había nada más que pedir. Su suerte estaba echada y tenía que cargar con las consecuencias hasta que fuera necesario. Lo último que vio antes de desmayarse del miedo, fue esa figura alta y fuerte de él entre las sombras de su inconsciencia.

Luego de unas horas, Skye despertó sobresaltada. Cuando abrió los ojos, se encontró entre paredes de piedra y rejas negras gruesas. En una de sus piernas había un grillete con una pesada cadena y, junta a ella, un catre, un inodoro y un lavamanos, todos metálicos, lo que ayuda a acrecentar la sensación de frío terrible.

—ALGUIEN POR FAVOR, AYUDA. ¿HOLAA? ¿HOLAAA?

Los gritos se replicaron haciendo eco en todo ese lúgubre lugar. Lo intentó otras veces y al no recibir respuesta, ella se optó por sentarse en el catre y hundir la cabeza entre sus piernas. Comenzó a llorar desconsoladamente, lamentó demasiado la suerte que estaba experimentando. Era un completo acto de injusticia para ella.

Lloró tanto hasta quedarse dormida. Al despertar, se encontró con una bandeja de metal con un poco de comida y algo para beber. Se acercó con algo de temor pero dejó la precaución a un lado y se abalanzó porque había pasado gran parte del día sin comer bocado alguno.

Bebió y sintió experimentó cómo recibía las fuerzas en su cuerpo, sin embargo, eso también significó que tendría que estar más consciente de lo que tenía alrededor. Ese frío intenso de las piedras y la aparente soledad absoluta en la que se encontraba. Deseó más que nunca desaparecer, fundirse en algún rincón de su mente para no tener que pensar nunca más.

Permaneció un rato allí hasta que pareció escuchar pasos. No estaba segura si se trataba de alguna ilusión por lo que no le prestó demasiada atención hasta que se fijó en la persona que se colocó de frente. Era Ed.

—¿Qué te parece? Lo acomodamos especialmente para ti.

Skye experimentó una oleada de indignación y de ira pareció encender su cuerpo como si fuera un fósforo. Estaba tan molesta que incluso su piel cambió de color. Sin embargo, trató de mantener la calma. Si bien deseaba sacar toda la indignación de su cuerpo, tenía claro que podría sufrir un efecto contraproducente, así que trató de hacer lo posible para jugar como debía.

—Creo que no era necesario esto. —Señaló el grillete.

—Ah, ya veo. Sí, quizás fue un poco exagerado. Vamos a quitártelo, ¿vale? Pero eso sí, quietecita.

Le molestó esa última palabra pero, aun así, permaneció calma. En seguida, unos hombres entraron a su celda. Skye permaneció en sentada en el catre y sintió cómo la pesada cadena dejó de estar unida a su cuerpo. Se sintió aliviada, a tal punto, que incluso exclamó un gemido de satisfacción.

Luego de los hombres en completo silencio salieron, Ed terminó de cerrar la reja y se quedó al otro lado como al principio, mirándola con cierto aire de condescendencia.

—Y bien, ¿mejor?

—Sí, muchas gracias.

—No hay de qué. Sé que fue un poco extremo pero en vista de que tienes vigor, pensé que sería lo más adecuado para evitar algún accidente.

El tono irónico de su voz iba haciéndole mella poco a poco. No entendía la razón de tratarla así. Pero era lo que hacían los Alfas, y ella, como Omega, sólo le restaba quedarse allí, soportando todo.

—¿Qué te pareció la comida?

—Buena. Tenía ya un tiempo sin comer.

—Sí, noté que te desmayaste, supuso que se debió a eso. De eso no tendrás que preocuparte.

Ella alzó la mirada para verlo y se dio cuenta que tenía un traje oscuro, zapatos lustrosos, el cabello perfectamente peinado hacia atrás y la mirada concentrada en ella.

—Por favor...

—No, no empieces. Créeme que eso no te servirá de mucho. Lo que sí te recomiendo es que te vayas familiarizando con lo que está pasando aquí, con esta realidad que te toca y que más te vale aceptar.

Skye llevó la mirada hacia el suelo. Pensó que no tenía más opción que rendirse ante esa situación. Estando allí, no se dio cuenta que él se acercó más hasta casi rozar su nariz a los barrotes.

—Quizás tenga preparada algunas cosas para ti. Veremos cómo van las cosas.

Esas palabras las dijo con suavidad y con un tono que no pudo identificar enseguida, así que cobró una expresión un poco temerosa y se echó para atrás.

—Te darás cuenta de cómo funcionan las cosas aquí.

Ed se echó para atrás y se perdió entre las sombras de ese lugar. Skye, mientras, trató de analizar lo que acaba de pasar.

—Estoy en una jaula de puros locos. Joder.

La noche se hizo presente por el frío de las paredes. Skye sentía que estaba helándose y justo en ese momento, volvió a ver a ese hombre extraño rubio y mortalmente atractivo. Tenía varias frazadas en su mano, un par de mudas de ropa y detrás de él, un guardia con una bandeja de metal.

Abrieron la celda y comenzaron a preparar todo. Ella se quedó quieta, en absoluto silencio mirando los preparativos que se estaban llevando en ese microuniverso. De vez en cuando, sentía la mirada de él por lo que trató de no encontrársela para no volverse débil. Había notado que él tenía una especie de energía que parecía atraerla una y otra vez, sin saber muy bien la razón.

—Bien, eso es todo. Retírense.

Ed esperó a que lo dejaran solo con ella... Dentro de la celda.

—Bien, se vienen noches muy frías así que te traje frazadas de todos los grosores. Dos mudas de ropa para que te quites eso que ya debe estar molestándote y claro, la cena. Apuesto que tienes hambre.

—Sí, un poco. Gracias.

Le alcanzó la bandeja y se quedó allí mirándola comer. Skye estaba un poco incómoda pero el hambre era mucho más fuerte, así que con el paso de los minutos, olvidó que él estaba allí. Después, se sintió mucho más aliviada y con fuerzas.

—Gracias.

—Bien... Algo me da curiosidad sobre ti. —Procedió a cruzar las piernas y a adoptar una postura como reflexiva. —¿Por qué una chica tan joven como tú se la pasa robando a la gente? ¿Por qué?

Skye pensó que era la oportunidad perfecta para, tal vez, despertar un

poco la lástima de ese hombre.

—Ese es nuestro destino. Los Omegas estamos sellados por algo que no somos capaces de cambiar. Era eso o terminar como una prostituta, de hecho mis padres me vendieron para deshacerse de mí y para tener algo que comer. Pero tuve la suerte que alguien evitó que fuera así, por lo que aprendí todo lo necesario para sobrevivir en las calles. Era eso o morir.

—¿Tus padres te vendieron por comida?

—Sí, es normal. Sucede más de lo que crees... Pero sé que es difícil verlo sobre todo cuando provienes de un lugar como este, todo bonito, arreglado, perfecto. Donde no hay cosas sucias ni caos, donde todo es tranquilidad y paz. Donde la gente como nosotros no existe porque estamos muy alejados y eso les da la sensación de que todo está bien. Pero no es así.

Ed se quedó en silencio, ella tenía razón y no podía negarlo. Sin embargo, era un hombre orgulloso y no le gustaba que jugaran así con esa sensación de constante poder y razón que le gustaba tener.

—Ya veo...

Skye se echó para atrás y apoyó la espalda sobre la pared helada de piedra. Por un momento se quedó callada y luego procedió.

—Todo lo que he recibido hoy ha sido considerablemente mejor que las cosas que he tenido desde que nací. Incluso el catre. La verdad es que hasta me da un poco de risa. Tonto, ¿no?

Ella siguió mirando el vacío, un punto en ese lugar con la expresión triste y compungida.

—Es mejor que me vaya. Tengo muchas cosas que hacer después. Puedes cambiarte. Mañana vendrán por ti para que tomes un baño.

—Vale.

Él sintió la necesidad de decir algo pero no pudo. Por primera vez en su vida, en donde había aprendido la capacidad de decir las cosas correctas en el momento oportuno, se quedó mudo.

Salió allí tratando de entender lo que le estaba pasando internamente. No estaba seguro de lo que esa chica estaba haciendo con él. Siguió con esas sensaciones hasta que arribó a su lujosa casa, una mansión bastante alejada del mundo de los Alfas y que había decidido que fuera así para regalarse momentos de relajación y tranquilidad.

En uno de los espacios del lugar, había una gran piscina que nunca usaba, una que estaba en un espacio abierto y que gracias a su disposición, se fundía con el horizonte. Era como si tuviera el mar a pocos metros.

Arrastró una silla y se sentó en ella mirando hacia el firmamento. La noche estaba fría pero él no sintió la necesidad de cubrirse con algo. Más bien ni siquiera pensó en ello, sólo podía recordar en las palabras de esa chica y en la manera en cómo su mirada se había perdido entre los recuerdos.

Llevó los dedos hacia el mentón como cuando lo hacía al pensar en algo que era difícil dejar atrás. Miró el reflejo de la luna sobre el agua, el sonido apacible del viento sobre el césped, el brillo de las estrellas. No pudo evitar sentirse afortunado de la suerte que tenía.

Por otro lado, estaba experimentando algo que tampoco esperaba. Era ella que se había colado en sus neuronas. Ese color de piel, esos ojos, esos labios. Ese rostro de miedo y desafío, esa manera de enfrentársele aun teniéndolo todo de perder. Recordó el instante en cuando notó eso y sonrió un poco para sí mismo. Tenía que admitir que ella era más interesante de lo que había pensado, incluso mucho más que esas mujeres estiradas Alfas, esas tías que siempre eran más de lo mismo.

—Sí, veremos qué pasa.

V

Ed hizo un aparado en sus actividades diarias para supervisar a la única prisionera Omega que había recibido cualquier gobierno Alfa. De hecho, aquello estaba bajo estricto secreto para no escandalizar a la gente.

Pero él no tenía demasiado claro por qué la tenía allí. Pensó que había cumplido el tiempo suficiente y que eso bastaba para soltarla y no verla jamás, pero esa idea no le resultaba demasiado agradable, había algo en su interior que le dijo que no estaba preparado para ello, así que se buscó todas las excusas posibles para seguir con eso, sin importar demasiado sin ponía en riesgo su propio bienestar.

Recordó de nuevo su cabeza rapada y lo diferente que se veía con respecto a los demás. Tenía algo dentro de ella que lo atraía aún más. Por otro lado, también deseaba darle una importante lección, quería que se diera cuenta que él tenía el poder y que lo usaría con ella. Quería producirle dolor, que suplicara ante él. Esa imagen le movía por dentro.

Después de esa reflexión, se levantó de la silla con una resolución importante. No daría marcha atrás con su primera intención, total, ella era una más del montón.

Al día siguiente fue a la celda en donde estaba Skye. En ese momento, ella estaba sentada en el catre, mirando hacia la pequeña ventana, de la cual, permitía la entrada de un poco de luz. No escuchó el ruido que hizo él, así que Ed se limitó a abrir las rejas y colocarse dentro. Ella pareció no reaccionar de inmediato, puesto que no estaba segura de lo que estaba pasando.

—Tengo entendido que una de las cosas que padece tu gente es que los convierten en esclavos. De alguna manera, los hacen sentir propiedades... Pensé en convertirte en eso.

El rostro de ella se descompuso completamente. No tendió la razón de esas palabras y más cuando pensó que ambos habían desarrollado una conexión. Pero no fue así, volvió a encontrarse con esa mirada decidida y

fría.

—Serás mi esclava, Skye. Mía. Y haré contigo lo que me plazca.

Como un acto desesperado, se echó al suelo y comenzó a llorar profusamente.

—Por favor, se lo ruego, no me haga esto... Por favor.

—Es muy tarde. Ya está decidido. Esta noche serás trasladada a mi casa, allí tengo un lugar dispuesto para ti.

Se volteó dejándola con ese mar de sentimientos que ni siquiera podía entender completamente. Tenía el corazón roto, el alma rota. Trató de rogar un poco más pero él ni siquiera le dio oportunidad decir otra cosa. Se fue, dejándola allí, al borde de la locura.

Lo cierto era que Ed no era usualmente un hombre cambiante o que se dejara llevar por las emociones. Por un lado, sentía que estaba haciendo mal pero por otro, estaba también quiso lanzar todo a la borda, mandar todo al diablo y olvidarse de los protocolos y de las enseñanzas para ser políticamente correcto.

La noche anterior se sinceró consigo mismo. Le gustaba la chica, quería estar con ella y tenía ese morbo dormido de someterla a sus designios. La imaginó como esclava, cumpliendo sus órdenes y con el afán de complacerlo enteramente.

La visualizó de todas las maneras posibles y eso le despertó la desesperación de probar su piel, así que hizo las movilizaciones pertinentes para que pudieran trasladarla a su casa y disponer de ella las veces que quisiera.

Después de darle la noticia, se sentó en la silla en su gran escritorio y llevó sus manos al mentón, como tenía costumbre. Sonrió lentamente para celebrar sus planes.

El día pasó rápidamente para ambos. Ed estaba ansioso y Skye estaba sintiéndose cada vez más hundida en sus pensamientos y desesperación. Mientras caía el día, enterró la cabeza entre las piernas entre las lágrimas. Temía en serio su vida.

Sus pensamientos se hicieron cada vez más oscuros y tenebrosos. Se recriminó tanto de haber llevado la vida que había tenido, y se echó la culpa una vez más por haber insistido en robarle a ese tío cuando su instinto le pidió a gritos que no lo hiciera.

La sensación de final se agravaba a medida que pasaran las horas. Finalmente, alzó la mirada y miró hacia la ventana y se dio cuenta que el

cielo estaba oscuro. No faltaba demasiado. Seguidamente, escuchó unos pasos que se hicieron eco con más resonancia. Se sobresaltó un poco y deseó con todas sus fuerzas estar equivocada, sin embargo, se percató que un par de guardias se habían parado frente a las rejas y con una actitud de temer. Uno de ellos comenzó a abrir con cierta brusquedad y ella se arrinconó como queriéndose proteger.

—Levántese.

La voz de mando la hizo estremecer y no le quedó más remedio que hacerlo. La esposaron con firmeza y le tomaron por el brazo y la llevaron hacia el exterior. Fue la primera vez que notó las adyacencias del lugar. Era un lugar muy oscuro y realmente solo. Se percató que era la única persona que estaba allí, le cayó todo de repente.

La subieron en un coche y comenzaron a andar. Las calles de la ciudadela eran realmente hermosas. La tranquilidad y el orden le chocaban los ojos con agresividad. Le producía un conflicto tan grande que le daban ganas de llorar.

Se adentraron en unas calles más y más alejadas del centro. Ella se sintió un poco asustada porque todo ese entorno le parecía extraño y difícil de creer. Cientos y cientos de árboles estaban a las orillas del camino, sirviendo como un marco para las personas que pasaban por allí.

El miedo iba creciendo cada vez más y la sensación de querer acabar con su vida. Todo se volvió peor cuando el coche se detuvo frente a una impresionante mansión. Una estructura blanca, imponente y con algunas luces que ayudaban a iluminarla que la mostraba con gran importancia.

En ese momento, también se percató de los alrededores. Era un sitio bastante aislado, alejado del resto de los Alfas. Se preguntó momentáneamente las razones de eso pero luego se tuvo que espabilar porque miró cuando se abrió la puerta y resultó ser uno de los guardias. Sintió la mano firme sobre su brazo, con un gesto ayudándola para sacarla del coche.

Caminaron unos cuantos pasos hasta llegar a la puerta. No tocaron el timbre ni nada, se quedaron allí parados, Skye estuvo un poco preocupada por lo que estaba pasando hasta que escuchó un ruido que la estremeció. De entre las sombras, emergió ese rostro frío, blanco y perfecto. Apenas Ed la vio, esbozó una ligera sonrisa.

—Bien. Ya saben en dónde dejarla.

Los dejó pasar y se dirigieron hacia la parte posterior de la cocina, caminando un poco más hasta que la dejaron en una habitación. Uno de ellos cerraron la puerta tras sí y ella se quedó sola sobre una cama y con la mirada

fija en una ventana que dejaba ver la oscuridad de la noche.

Pasaron varios minutos y se abrió la puerta. Era él tan bello y tan intimidante como siempre. Ed tomó una silla de metal y se sentó con aire ceremonioso. Skye sentía que el sudor le recorría la espalda.

—Me da la sensación de que esto te resulta mucho más cómodo. ¿Me equivoco?

—No. —Respondió ella secamente.

—Bien, me alegra. No deberás preocuparte ni por el frío ni por la comida o la comodidad. Todo estará cubierto.

Skye pensó por un momento que lo ideal hubiera sido el no pronunciar palabra, pero la ira la tomó por completo y optó por recriminarle con fuerza.

—¿De qué sirve tener las comodidades del mundo si estoy encerrada? ¿De qué sirve todo esto si estoy aquí sin la posibilidad de tener una vida?

—¿Acaso consideras tener una vida lo que estabas llevando como Omega? ¿Acaso crees que esa esclavitud en donde te encontrabas era un sueño hecho realidad? No seas absurda, no seas ingenua. Lo que tendrás aquí es posible que jamás lo hubieras tenido.

—¿Se supone que debo darte las gracias por eso? No seas ridículo.

Él sonrió y se acercó a ella.

—Serás mi esclava. Lo apuesto. Lo presiento.

Se levantó de repente y tomó la silla para colocarla de nuevo en un lado de la pared. Se despidió de ella con ese brillo en esos hermosos ojos azules. Luego la dejó sola al cerrar la puerta, Skye escuchó que le había pasado la llave. Esperó un rato más y luego se echó sobre la cama. No estaba segura si era el cansancio o la tristeza, pero poco a poco sintió la pesadez en los párpados, se quedó dormida en cuestión de minutos.

VI

La convivencia se volvió extraña para ella. Sin embargo, las cosas se volvieron un tanto particulares, por lo que Skye pensó en que lo mejor lo que podía hacer era adaptarse a su nueva realidad.

Era una especie de prisionera pero que también recibía ciertas comodidades. De hecho, sus viejas ropas habían sido desechadas y ahora usaba mejores prendas, más resistentes y más bonitas.

Más o menos resultaba lo mismo con la comida. No tenía que escarbar en la basura o comprar alimentos de dudosa procedencia. La vida como una Omega colada en el mundo Alfa, le había permitido tener un contacto más cercano con alimentos frescos, deliciosos y con una serie de diferentes opciones.

Cuando él llegaba a la casa, Ed la sacaba de la habitación y a veces tenía la oportunidad de ver el atardecer en los muebles dispuestos alrededor de la piscina. Eran días en donde podía desconectarse por completo y pretender que su vida había sido una triste pesadilla.

Gracias al tiempo que había pasado afuera, su cabello incluso comenzó a crecer. Poco a poco, emergieron pequeños rizos que se ensortijaban levemente. Ed la miraba como si fuera otra persona.

Lo cierto es que él estaba disfrutando también de la compañía. Le gustaba estar con ella y esa sensación crecía cada vez más. Sin embargo, estaba otro detalle, deseaba estar con ella, así que pensó qué métodos podía hacer para tener un acercamiento menos agresivo.

Skye dejó de ser una prisionera para pasar a ser a una especie de inquilina. Vivía allí, andaba por allí pero consciente que esa era su nueva realidad. Pensó que estaba cansada de ofrecer resistencia, que así había pasado gran parte de su vida y que ya no deseaba más eso.

Por otro lado, comenzó a experimentar la necesidad de estar con él, de saber más de él. Por más que quiso reprimir sus sentimientos. Trató de quitárselos de su corazón, esconderlo en un lugar muy oscuro de sí misma y

olvidarlos por completo... Pero no hubo remedio, esa necesidad que sentía por él, esa urgencia que le provocaba su presencia era asfixiante y hasta dolorosa.

Estaba confundida y se daba cuenta de ello cuando los dos quedaban en silencio después de hablar largas horas. No sabía qué hacer al respecto.

—¿Quieres ver el atardecer conmigo?

—Sí, me encantaría.

Salió de la habitación y caminaron juntos hasta el patio central. Ed había dado la orden de plantar palmeras las cuales, además, se veían altísimas y fuertes. Como si fuera una pintura, el cielo se tiñó de rojo y naranja, mientras que el sol se ocultaba detrás del firmamento.

El agua se movía lentamente gracias a la ligera brisa de la tarde. Hacía frío pero el paisaje era lo más hermoso que había visto hasta el momento. Pensó que le hubiera sido imposible hacerlo entre las calles húmedas y sucias en donde había vivido.

Ed giró la cabeza y se detuvo a verla por un rato. Se quedó tonto, ensimismado en ella y después sintió la necesidad de levantarse. Cuando lo hizo, la tomó con ambas manos e hizo que se pusiera de pie junto a él.

Se miraron por un rato y Ed descubrió ese mismo fuego en los ojos negros de Skye. También notó que ella temblaba pero no sabía si era por el frío o por los nervios. Lo cierto es que le dio igual y se concentró en esos labios gruesos y sensuales que tenía.

El pecho de Skye comenzó a agitarse con un poco de fuerza hasta que se dio cuenta que se manifestaría aquello que sintió que pasaría eventualmente. Ambos acercaron sus rostros y se besaron con toda la suavidad posible.

De inmediato sus lenguas y labios comenzaron a jugar casi con euforia. Skye estaba entrando en una especie de trance, de tal manera, que llevó sus manos para rodear su cuello. Como se trataba de un hombre tan alto, tuvo que ponerse de puntillas para unirse más cómodamente con él.

Las manos de Ed terminaron por rodear su cintura con decisión. La apretaba, la buscaba, acariciaba la curva de su espalda y la hacía gemir. Sonreía por dentro, quería más de eso.

De un momento a otro, los besos y los roces se volvieron más intensos, por lo que ella sintió que estaba a punto de dejarse por completo... Y de alguna manera así fue.

Ed abrió los ojos y la miró, con la fuerza que lo caracterizaba, la alzó entre los brazos y la llevó hacia el interior de la mansión. Seguía apretándola

tanto que hasta un momento pensó que deseaba que la atravesaría la piel.

Cuando ya no pudo más, dio unos cuantos pasos más y subió las largas escaleras que estaban allí, cerca de los dos. La oscuridad del lugar y ese silencio tan característico de la inmensa mansión, quedaban atrás gracias a los jadeos de esa mujer que se excitaba cada vez más.

Cada escalón que subían, ella se aferraba más y más en él, como si la vida se le fuera en ello. Se apretó tanto como pudo, hasta que sintió que llegaron a la habitación principal. Estaba tímida, asustada pero también deseosa de estar con él.

Cuando la colocó sobre la superficie, los ojos de él se encontraron con los de ella para decirle lo siguiente.

—Serás mía. Cada instante serás mía.

—Sí. Eso es lo que realmente quiero. No sabes cuánto.

Ed sonrió con cierta malicia porque se sintió victorioso de que por fin sus fantasías se hicieran realidad. Tendría la piel, las piernas y el cuerpo de esa mujer por completo. Por fin, después de una espera desesperante.

Poco a poco las prendas cayeron al suelo con suma suavidad y sutileza. El cuerpo de Skye quedó desnudo sobre las sábanas y ella sintió cierta timidez al respecto. Trató de taparse un poco pero él le dijo que no lo hiciera, que no había nada qué temer.

Se fue sobre ella para besarla y acariciarla tanto como pudiera. Cada vez que sus labios rozaban con los suyos, sentía ese delicioso calor de su cuerpo. El roce y ese contacto lo hacían sentir más vivo, mucho más vivo de lo que hubiera pensado.

Estaba excitándose cada vez más, por lo que él mismo comenzó a quitarse la ropa rápidamente. Skye, mientras tanto, lo miraba cuando la excitación la dejaba, cuando el trance que estaba experimentando la soltaba un poco. Así que, como pudo, detalló su cuerpo.

La tez divinamente blanca, con una apariencia suave, tersa, los músculos del abdomen marcado, las piernas fuertes y los brazos rodeados de venas. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos azules y grandes, y ese cabello rubio, tan rubio que parecía blanco. En pocas palabras, parecía un dios, una especie de personaje extraído de algún cuento de ensueño.

Ella no podía creer lo que estaba a punto de pasar, comenzó a experimentar un poco de miedo pero él, como si le hubiera leído la mente, se encontró de nuevo con ella para darle besos en la boca y en todo el rostro.

Los brazos de Skye terminaron por rodear los hombros firmes y fuertes

de ese hombre. Se encontraron de nuevo en una última mirada, antes de fundir sus carnes en una sola. El jadeo de ese primer jadeo de ella fue intenso al punto en que casi estremeció el lugar.

La verga de Ed era grande y gruesa, pero el coño de Skye estaba tan húmedo y caliente, así que lo recibió sin problemas. Sintió, además, la estrechez y tuvo que apoyar sus manos sobre la cama para no desfallecer por completo.

Siguió embistiéndola, una y otra vez, hasta que experimentó esa necesidad de tener el control por completo, así que estiró la mano y se la colocó sobre el cuello, cerró sus dedos apretándolos poco a poco mientras la miraba. Ella, perdida en la excitación, alcanzó solo a sonreírle, como para darle a entender que estaba más que conforme con lo que estaba pasando.

Mientras se la follaba como le daba la gana, al mismo tiempo que le cortaba un poco la respiración, Skye le enterraba las uñas en su piel y esa cuota de dolor también sirvió para estimularlo un poco más.

La locura animal que estaba experimentando ese hombre pareció que lo iba a sobrepasar. Cada vez que sentía que no podía más, trataba de distraerse para no dejarse vencer ante esas sensaciones que le producía una ceguera sobre la capacidad que tenía para razonar las cosas... Pero es que era demasiado excitante verla así, con esas piernas anchas abiertas, con esa piel oscura y deliciosa, con esa humedad que empapaba su verga. La mezcla de sus cuerpos, la unión de los dos, los jadeos, los gemidos y ese trato agresivo. Simplemente quería más de ella.

Hubo un instante en el cual no supo exactamente qué hacer. Pero luego se decidió por tomarle la cintura y acomodarla sobre la cama. Ni siquiera supo cómo lo hizo, lo único verdaderamente relevante fue el verle en cuatro, con esas portentosas nalgas al frente y con esos deliciosos muslos que lo estaban llevando hacia la locura.

Estaba como un niño sin saber qué hacer. No sabía si morderla, lamerla o simplemente embestirla de una vez. Pero, al final, prevaleció un instinto superior, su personalidad dominante.

Primero apoyó sus manos sobre sus nalgas. Las sintió tan suaves y firmes que luego de unos segundos, se dedicó a darle fuertes nalgadas. No pudo más. Una tras otra, los impactos fueron lo suficientemente contundentes como para provocarle todo tipo de gemidos y gritos.

Las palmas de sus manos y también sus dedos se enrojecieron rápidamente, pero eso no le importó porque estaba demasiado excitado como

para detenerse en el dolor que estaba sintiendo, lo que realmente le importaba era producir eso mismo que estaba pasando en ese momento, esos ruidos que estaban enloqueciéndolo.

Se detuvo cuando sintió que su verga estuvo a punto de explotar, así que colocó sus manos rojas sobre las caderas de esa deliciosa mujer y apuntó su verga hacia su coño. Primero asomó el glande y de inmediato experimentó el calor y la humedad de ella.

—Se moja demasiado. Qué delicia es esto. —Pensó a medida que la penetraba lentamente.

Al final, lo dejó todo adentro y permaneció quieto por un rato. Siguió con un par de nalgadas y después llevó una de sus manos hacia el cuello de ella, lo sujetó con fuerza y comenzó a moverse con impresionante fuerza. El vaivén fue tal que Skye no tardó demasiado tiempo en gemir con locura. Ed la poseía de una manera que ni siquiera pudo explicar, esas sensaciones la arrastraban hacia un estado desconocido pero increíble.

Lo hicieron así por un rato, sin embargo, Ed tenía la sensación de que podía hacer algo más para demostrar que el destino de ella era ese, servirlo y darle todo lo que quiera. Así que la tomó de nuevo por la cintura y la colocó sobre la pared. Skye sentía demasiado placer cuando él tomaba el control de esa manera, quizás la razón era que le gustaba complacer sus más bajos instintos.

Apoyó sus manos sobre la pared y enseguida sintió las manos de él que comenzaron acariciarla como si estuviera desesperado de ella. De alguna manera, así era, no lo podía ocultar y tampoco lo quería.

Se echó para atrás un momento para ver la curva de esa espalda, las nalgas, las piernas y el perfil de su rostro que insistía en mirarlo. Volvió a entonces a darle nalgadas y a marcarle la piel con las uñas. Pequeños hilos de sangre se marcaron en ella, pero Skye se percató que el dolor era una sensación que podía ir de la mano fácilmente con el placer. También quiso más de eso.

Ed disfrutó de hacerla suya de esa manera, así que retomó la faena de follarla como una animal. Estuvo allí, dentro de ella hasta que notó que no paraba de temblar. Así que pensó que sería una buena idea chuparle el clítoris hasta hacerla explotar.

Sacó su verga y se arrodilló. Abrió las nalgas de ella y enterró su cabeza que fue a parar directamente a su coño. Apenas su lengua probó ese delicioso manjar, no pudo parar bajo ningún concepto. Estaba enloquecido, como

poseído por alguna fuerza que no pudo explicar.

Continuó comiéndola mientras ella hacía un esfuerzo por sostenerse. Su instinto le dijo que permaneciera allí, que se quedara quiera porque su deber era satisfacer a su hombre. Sin embargo, también tuvo la sensación de que iba a perderse pronto, por lo que se afincó más y de repente, todo se volvió oscuridad.

La lengua de Ed era simplemente increíble y también sus reflejos, por lo que la sostuvo justo antes de que se desplomara en el suelo. Sin embargo, él estaba muy excitado y deseaba hacer un último movimiento que le ayudara a confirmar su dominio sobre el de ella.

La dejó sobre la cama aún con unas pocas fuerzas, ella le sonrió y esperó lo que haría después. Ed se colocó de rodillas sobre la cama, tomó la mano y comenzó a masturbarse. La veía roja, rendida y excitada que eso le disparó aún más el deseo, así que siguió tocándose hasta que explotó sobre el abdomen y los pechos.

Cuando extrajo hasta la última gota de semen, se quedó un poco atontado por el esfuerzo. No obstante, tomó un poco con los dedos e hizo que ella también lo probara. Después de sentir su lengua y sus labios, acercó su rostro lentamente hasta una de las orejas. Skye, de inmediato, sintió el calor de su aliento rozándole como si fuera algo suave y agradable:

—Te dije que serías mía... Y esto apenas comienza.

VII

Después de esa noche, después de abrirla por completo, Skye supo de inmediato que sería para él. Su mente y su cuerpo parecían seguir esa necesidad de pertenecerle todo el tiempo que fuera posible.

Lo mismo pasaba con Ed. Mientras estaba en el trabajo, concentrado en planes y proyectos en quejas y demás, pensaba en sus manos sobre el cuerpo de esa mujer. Ansiaba tenerla con él, el abrirla las piernas y comerle el coño una y otra vez hasta que se deshiciera en su lengua.

Podía saborear sus labios, sus ganas y las de ella. Podía verla en el suelo, de rodillas, clamando por él porque ya había comprendido que era suya y que lo mejor que podía hacer era entregárselo por completo.

Después de esas reuniones tediosas para el día, Ed se sentó en su suya a pensar sobre lo que estaba sintiendo por esa chica, ella que era tan diferente a él, tan ajena a su mundo pero que lo hacía sentir más cómodo que nadie más.

Pensó en los convencionalismos de la sociedad Alfa, de las presiones y de las normas que debían cumplir, incluso siendo el rey, el máximo líder. Se vio a sí mismo en esas horas eternas en donde escuchaba las palabras de su padre recordándole que tenía que prepararse para la labor más importante de su vida. Pero, ¿acaso todo esto tenía sentido? Su instinto le gritaba que no.

Se quedó tranquilo porque ya estaba a punto de salir de allí. Tenía en mente unas cuantas cosas que quería hacer con ella, así que era de esperarse que estuviera más ansioso que nunca por probarla.

Salió de allí después de un rato y se subió en su coche para ir hacia a Skye a toda velocidad. En ese momento tuvo que reconocer que ella era su parte favorita del día. Llegó a la mansión y entró con prisa, en cuanto cerró la puerta tras sí, la encontró de rodillas, desnuda y con la mirada hacia el suelo. Tuvo una especie de sensación que le recorrió todo el cuerpo. Ella ya había aceptado el hecho de que le pertenecía enteramente.

Él se acercó lentamente hacia Skye. Estiró la mano y sus dedos rozaron la suave piel del rostro. Ella cerró los ojos y se dejó tocar por él. Hizo lo mismo

al otro lado y luego se agachó un poco para tomarle firmemente el cuello. Skye sintió la presión de los dedos sobre la piel, así que no pudo evitar jadear.

—Mía... Mi esclava.

Ella sonrió levemente y luego alzó la cabeza hasta que se encontró con él, con esos ojos azules, penetrantes y perfectos. Ambos permanecieron allí, mirándose sin cansancio hasta que él hizo que se levantara del suelo. Al final, quedaron de frente y procedieron a besarse como un par desesperados.

Los brazos de Skye rodeaban los hombros de él, y Ed la sostenía firmemente en la cintura. Le encantaba ese lugar, le encantaba quedarse allí, anclado en ella puesto que era algo que le hacía perder la razón.

Luego de un rato, su instinto dominante tomó el control de la situación y la cargó para llevársela consigo y esta vez, sería hacia la habitación en donde estaban dispuestas unas cuantas cosas para jugar.

Skye notó que iban hacia otra dirección pero a diferencia de la primera vez, sintió que no debía tener miedo porque estaba con él, estaba con ese hombre que le gustaba tanto, así que cualquier cosa que harían, sería más que perfecto.

Fueron hacia la parte de la cocina, cerca del lugar en donde él la recluyó los primeros días, pero pasaron de largo hacia otra estancia, un sitio también oscuro. Ed, al empujar levemente la puerta, dejó al descubierto una especie de mundo completamente diferente. Un universo dispuesto para que un Dominante y una sumisa pudieran ser como quisieran ser sin mayores contratiempos.

Así pues que en el lugar, sólo había una cama, una silla de madera y unos muebles cuyo contenido variaba: cuerdas, látigos, consoladores y hasta cadenas. Él se había encargado de acondicionar todo para follar a su mujer como le diera la gana.

Entonces, la dejó sobre la cama toda roja y excitada, lista para él. Ed se ocupó de desvestirse y de prepararse para lo siguiente. Luego de quedarse desnudo, se ocultó en las sombras de la habitación para buscar unas cuantas cosas que le permitirían jugar como quería.

Buscó unas cuantas cadenas en uno de los muebles de madera y se dirigió a la pared más cercana, en donde se encontraban adheridas unas especies de grilletes para unir las cadenas que ya tenía en la mano.

—Ven... -Exclamó con tono sereno pero grave.

Skye entonces se puso de pie y comenzó a caminar hacia esa dirección,

pensando en lo que tenía que hacer, en complacerlo por entero.

Ed la ayudó a encontrarlo y a colocarse de espaldas para amarrarla poco a poco. Se valió de la paciencia y de los muebles que tenía cerca para colocar todo con cierto orden. De inmediato, ella sintió la pesadez del metal y la firmeza en la que su cuerpo quedaba atado. Al terminar, tanto muñecas como tobillos estaban estirados sobre esa superficie un poco fría.

Él se echó para atrás para verla mejor. Esas nalgas, esa espalda y esa piel que lo volvían loco. Estaba hecho un animal, pero bien tenía que encontrar un poco de calma para no dejar que el ímpetu tomara control completo sobre él.

Respiró profundo y se disolvió de nuevo entre las sombras para buscar un látigo de varias lenguas de cuero. Recordó esa vez en donde miró a esa mujer completamente expuesta y dispuesta a recibir el castigo de ese dominante. Quería lo mismo para ella, quería demostrarle que su piel y su cuerpo le pertenecían.

Antes de los latigazos, él se dedicó a acariciar su espalda, culo y piernas. Ella gemía, se derretía, se perdía en esas sensaciones y él, desde esa posición que le daba la superioridad de su rol, no pudo evitar sonreír ante la satisfacción que sentía.

Luego se detuvo de un rato para acomodarse debidamente detrás de ella. Ese momento de tensión y suspenso hizo que ella se pusiera un poco nerviosa, pero bien, eso era parte de la cuestión, de la aventura que había emprendido con él.

Permaneció quieta hasta que sintió el primer impacto. Ese dolor que le penetró la piel, la hizo gritar un poco. Sus manos se apoyaron en la fría y dura textura de la cadena para poder resistir todo lo que estaba experimentando.

Él, en cambio, no paró. Se quedó allí mirando cómo poco a poco la piel de su amante, de su esclava, de su mujer, se iba marcando lentamente gracias a los impactos que le hacía. Esa piel oscura siendo dominada por la ansiedad y la desesperación de ese hombre que la quería enteramente suya.

Los azotes se intercalaron y se sintieron de todas las maneras posibles. Skye no paraba de gemir ni de gritar, mientras que la verga de Ed parecía que estaba a punto de explotar. Estaba tan excitado que el glande no paraba de moverse y de mojarse, ansiaba romperla, abrirse paso entre esa carne tan deliciosa.

... Pero no, había algo que quería hacer primero, así que unos cuantos azotes leves más y soltó el azote el cual cayó al suelo como si fuera algo que

realmente le estorbara. Una jadeante Skye recibió las caricias de su hombre. Sintió esas manos pasearse sobre su cintura, sus deliciosas caderas y esos muslos anchos. También experimentó cómo él manoseaba sus nalgas con una desesperación que casi la hizo reír.

Los labios de él le rozaron el cuello y su lengua acarició la piel y los bordes de las orejas. Skye volvió a perderse a sí misma, volvió a olvidar que su cuerpo era suyo porque ahora era de él. Enteramente de él.

Así pues, al cabo de un rato, Ed descendió por ese cuerpo que lo tenía loco hasta llegar arrodillarse por completo. Con ambas manos, abrió las nalgas y se dio cuenta que el coño de ella estaba sumamente húmedo y caliente. Sonrió para sí, estaba a punto de llevarse el bocado más exquisito del mundo.

Enterró su cabeza entonces para saborearla como quería. Su lengua se convirtió en la perfecta exploradora y en la causante de todas las sensaciones que ella expresaba a través de los gemidos y los ruidos. Incluso, se dio cuenta que ella trató de decirle algo pero las palabras estaban apelmazadas en el paladar, fue imposible para ella siquiera pronunciar algo coherente.

Siguió comiéndosela, devorándola como un desesperado. Lamía sin parar su coño y su culo con unas ganas impresionantes. Cada vez que sentía la lengua de su hombre, Skye pensaba que estaba más y más cerca de perder el control. Gracias a ello, también olvidó el ardor que le había quedado después de los azotes. Aun así, la mezcla entre el dolor y el placer que él le producía, era indescriptible.

Él pudo haberla comido por mucho más tiempo pero quiso unirse a ella por completo, así que se levantó con cuidado, procurando continuar con los besos y caricias, hasta que siguió detrás de ella. Sostuvo sus manos en la cintura, como siempre solía hacer.

Antes de penetrarla, llevó sus labios hacia su cuello y lo besó dulcemente.
—Mía...

Luego, acomodó su pene y lo llevó hacia su coño. Se sintió tan bien que no pudo evitar soltar un ligero gemido. Lo metió poco a poco, lentamente, hasta que lo dejó todo completo dentro de ella. Skye sintió el grosor y el calor de esa verga y empujó más el culo para que él lo empujara un poco más.

Ed se dio cuenta de sus intenciones, así que de inmediato le colocó la mano sobre el cuello, apretándolo con fuerza. Se quedó allí, entrelazado con ella, mientras que ese delicioso vaivén hacía que ese roce los llevaría al borde de la locura.

Siguió penetrándola, haciéndola suya porque él se sentía de ella, porque Skye también le producía esa sensación indescriptible y que deseaba por conocer mucho más.

Aunque el futuro le parecía incierto, aunque la relación había sido un tanto peculiar, Ed no pensó más en eso, decidió que sólo viviría el momento sin preocuparse por lo demás.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;) [Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :) **¿Quieres seguir leyendo?**

Otras Obras: [La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Sumisión Total – Alba Duro](#)

[10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo](#)

[\(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!\)](#)

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha

dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de

penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

ÍNDICE

I

II

III

IV

V

VI

VII

NOTA DE LA AUTORA

“Bonus Track”